

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

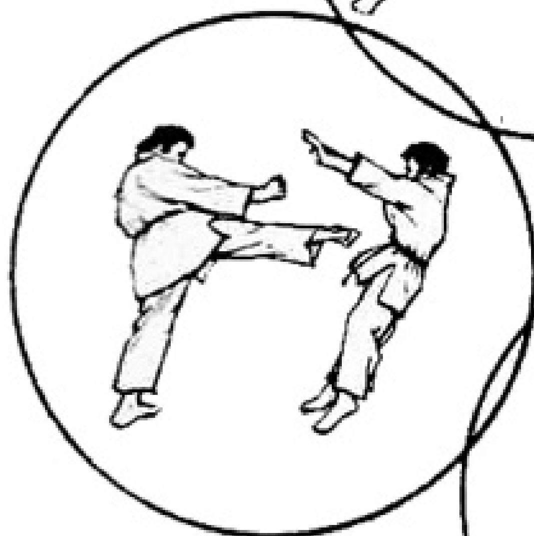
CURTIS GARLAND

LA SOMBRA DEL SAMURAI

黃
楓

FABÁ







COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

14. — Mercenarios del terror. — Ralph Barby.

15. — La máscara Kendo. — Curtis Garland.

16. — Simplemente, budoka. — Lou Carrigan.

17. — La secta del dragón bicéfalo. — Ralph Barby.

18. — Hombres sin alma. — Clark Carrados.

CURTIS GARLAND

LA SOMBRA DEL SAMURAI

Colección ¡KIAI! n.° 19
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO
ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 11.892 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la

SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

Capítulo Primero
EL EJECUTOR DE LAS MANOS DE ORO

Se inclinó sobre aquellos labios femeninos, entreabiertos, húmedos e insinuantes. Los rozó primero. Luego, ella misma pareció exigir de modo apremiante un contacto más intenso y apasionado. Las bocas de ambos se oprimieron con fuerza. Los jóvenes cuerpos se apretaron en un abrazo. Un mutuo estremecimiento recorrió su espina dorsal.

Terminó el contacto de los labios del hombre en los de la mujer. Se apartaron lentamente, casi con pesar y disgusto. Se miraron. Los ojos rasgados de ella se clavaron en los almendrados de él.

—Suzuki… —musitó él con voz profunda, sin apartar su mirada de ella.

—Kwan, querido… —susurró ella, tierna su entonación, cálida su mirada oriental.

Cualquiera, al verles allí, en la calle de San Francisco, ante el edificio pintoresco del dojo japonés donde se anunciaba la enseñanza de Artes Marciales, desde el karate al *tae-kwondo*, pasando por el *aikido* y el *kung-fu*, como era ya tradicional en los centros de aprendizaje y entrenamiento en los medios de lucha oriental, puestos de moda en la sociedad occidental por una serie de causas diversas, hubiera dicho que eran dos chinos o dos japoneses, besándose por la más elemental de las razones del mundo: el amor o la mutua atracción sexual.

El error de muchos occidentales estaba en eso: confundir a un chino con un japonés es cosa habitual en ellos. Sin embargo, un buen conocedor de los orientales, hubiese identificado perfectamente a cada uno, apreciando la diferencia. La muchacha era japonesa; él era chino. No resultaba frecuente, sin embargo, pese a la igualdad racial, que una japonesa y un chino se besaran a la usanza occidental, mostrando entre sí un lazo afectivo.

Suzuki no era una japonesa vulgar. Ni Kwan Shang era un chino corriente. Pero eso nadie estaba obligado a saberlo. De ahí que su relación afectiva hubiera sorprendido a muchos, de conocer su diferencia de nacionalidad.

—Volveré a buscarte más tarde —dijo Kwan, sonriente—. ¿A qué hora terminas tus clases?

—A las cinco —suspiró la muchacha—. Espero que no te retrases. Quisiera que fuésemos a comprar todas esas cosas que te dije…

—No te preocupes —asintió Kwan—. Estaré aquí puntualmente.

—Sí, te lo ruego —miró a ambos lados de la calle repentinamente, y su sonrisa suave se diluyó un tanto—. No me

gustaría esperar aquí, sola...

Kwan la miró con cierta sorpresa. No era la primera vez en las últimas horas que la joven japonesa había mostrado una extraña insistencia en ir siempre acompañada. No recordaba que en los días anteriores, cuando entabló relación con ella, tal cosa hubiera sucedido.

Miró también Kwan a ambos lados. La calle aparecía desierta, con la excepción de un par de muchachas que charlaban jovialmente por la otra acera, caminando a paso presuroso, con unos libros en la mano, y un par de automóviles que subían la pronunciada pendiente de la calle, hacia la parte alta de Telegraph Hill, donde se hallaba situado el dojo al que la joven acudía a recibir clases de Artes Marciales.

Cuando sus ojos se encontraron de nuevo con los de ella, Kwan no revelaba emoción alguna. Pero en su interior se preguntaba por qué la joven y alegre japonesita parecía últimamente tan preocupada por mirar atrás a través del retrovisor cuando la llevaba a alguna parte, y por qué escudriñaba las calles cuando había de descender del vehículo. Era como si le preocupara algo. Como si tuviera un oculto temor a algo... o a alguien.

—¿Ocurre algo, Suzu? —le preguntó, con aquella costumbre que inevitablemente se contagiaba entre los occidentales, sobre todo los americanos, de abreviar los nombres propios.

—¿Ocurrir? —ella abrió cuanto le era posible sus oblicuos ojos ingenuos—. No, ¿por qué dices eso?

—No sé... —Kwan hizo un gesto ambiguo—. Me pareció que estabas preocupada por algo.

—¿Preocupada?

—O inquieta, sí. Mirabas a todas partes. Y durante el trayecto hasta aquí, no has dejado de mirar atrás... como si temieras que nos siguiera alguien.

—Kwan, no sucede nada extraño —suspiró ella. Y quizá por simple casualidad, en ese momento bajó sus ojos, dejando de mirarle—. Tienes mucha imaginación, querido.

—Quizá. Mejor así, Suzu. Pero no quisiera que, tras esos dos días en que no nos vimos y estuviste ausente de la ciudad, algo hubiera podido cambiar en ti. Tal vez otro hombre...

—¡Oh, por Dios, Kwan, no hables así! —le interrumpió la bella muchacha, poniendo una de sus delicadas manos sobre los labios del joven chino—. No hay nadie más que tú... Lo sabes.

—Sí, creo saberlo, pero... —se detuvo. Sacudió la cabeza—. Bueno, olvídalo. Creo que a veces, como tú dices, imagino cosas... No te demores más. Tu profesor no te perdonaría un retraso. Recuerda: los *budokas* debemos ser todos fieles cumplidores de nuestras

obligaciones. La puntualidad a las clases es una de ellas.

—Tú eres ya un maestro, Kwan. Yo sólo una aprendiza —sonrió dulcemente Suzuki—. Espero llegar a ser algún día como tú. Dice mi profesor que el camino de la perfección es más fácil y más hermoso cuando se alcanza a través de las Artes Marciales, donde uno aprende a dominar su cuerpo y su espíritu.

—Dice bien. Aprenderás muchas más cosas, Suzu —la acarició con ternura la mejilla—. Y todas buenas. Las que enseñan el camino hacia un mundo mejor, sin mentiras, sin falsedades, sin suciedad, violencia ni corrupción. Si todos fuéramos *budokas*, paradójicamente, nadie lucharía salvo para competir limpia y honestamente, como un deporte entre hermanos. Es un imposible, lo sé. Pero a veces, Suzu, es hermoso también soñar con imposibles... Ahora, ve. Es tarde ya.

—Un mundo sin mentiras, sin suciedad, violencia, ni corrupción... —repitió ella, mientras se aproximaba a la puerta del *dojo*. Se detuvo un momento, miró atrás, hacia Kwan, erguido a la puerta de su automóvil. Algo impulsivamente, musitó—: Kwan, yo creo que debería...

—¿Qué? —preguntó él, vivamente.

Vaciló Suzuki. Luego, algo pareció cruzar por el fondo de sus pupilas. Una sombra. Acaso la sombra de un vago temor indefinible. Como el que Kwan había creído advertir cuando miraba atrás en el coche.

—No, nada —dijo finalmente. Y sin añadir una sola palabra más, entró en el *dojo*.

Kwan se quedó indeciso. La puerta del local se cerró tras de Suzuki. Kwan Shang entró en el coche. Lo puso en marcha, alejándose calle abajo.

Dobló la esquina, mezclándose con el tráfico que descendía hacia Market. No se le ocurrió hacer lo mismo que hiciera antes la joven japonesa: mirar atrás, antes de dejar la calle a su espalda definitivamente.

De haberlo hecho, hubiese descubierto dos cosas inquietantes. Una de ellas, que un automóvil aparcado arriba, en un cruce de la parte más empinada de la vía urbana, comenzaba a moverse ahora suavemente, sin prisas, hasta aparcar justo ante el mismo *dojo* donde entrara Suzuki para su cotidiana clase de Artes Marciales.

La segunda razón para inquietarse, hubiera estado en el insólito hecho que reveló el conductor del automóvil, cuando detuvo éste y abrió la portezuela, asomando a la calle, desierta bajo el sol de la primera hora de la tarde.

Ese mismo sol se reflejó, deslumbrante, en las manos del conductor. No eran unas manos vulgares, ni mucho menos. Eran manos centelleantes, metálicas. De intenso color dorado.

Parecían dos manos de oro.

El hombre era alto, muy alto y flaco, de extraña expresión rígida y lúgubre. Vestía de oscuro, con suéter negro de cuello subido, chaqueta y pantalón de igual color. En contraste con ello, el brillo metálico de las manos doradas era más ostensible.

Miró a la calle, como hiciera antes Suzuki. Luego, calmoso, se introdujo en el recinto destinado a enseñanza y práctica de Artes Marciales. Nadie, allí dentro, podía imaginar que un luchador siniestro, no un auténtico *budoka*, sino un conocedor de la lucha oriental, conocimiento que aplicaba al Mal, había entrado allí para romper la sagrada armonía en aquel recinto y sus ocupantes habituales.

Era la muerte con manos de oro lo que penetró en esos momentos en el *dojo* de Telegraph Hill.

* * *

Los presentimientos de Kwan Shang eran bien ciertos.

Suzuki Yondo tenía miedo. Mucho miedo.

Ahora, mientras practicaba las primeras katas, elementales katas, de la técnica del *karate-do*, bajo el control de su viejo, enjuto y elástico profesor, su pensamiento estaba muy lejos de allí, del suelo del *dojo*, el tatami, y de las instrucciones de su maestro. Con ello, dificultaba la clase, evidentemente, y obligaba a repetir *katas* a los demás, pero no podía evitar aquel estado de ánimo. Y sus compañeros y su profesor, con paciente conformidad y comprensión, no protestaban ni se irritaban jamás.

Suzuki estaba pensando en lo que había descubierto durante aquellos días, aquellas dos fechas a las que aludiera Kwan, en que ella estuvo ausente de San Francisco. Esto último no era enteramente cierto. No estuvo ausente, en el exacto sentido de la palabra. Pero hubiera sido difícil explicar a Kwan la verdad. Difícil y minucioso.

¿Cómo relatar a su amigo chino, convertido rápidamente en algo más para ella, todo lo que había sucedido en esas dos fechas de imborrable recuerdo para ella? Tuvo razón Kwan al decir que algo había cambiado en ella, que parecía preocupada o temerosa. Era algo más que eso. No era un simple temor ni una preocupación. Era miedo. Terror, tal vez.

Acababa de fallar un *golpe de cuchillo* a la garganta de un hipotético adversario, y dio con su menudo y ágil cuerpo en el suelo, vencida por su rival, que sonrió, tímidamente, como justificándose por aquella inesperada victoria, más por error de ella que por acierto propio. El profesor la reprendió, ella se excusó, e intentó de nuevo la *kata*. Mientras se preparaba para ello, volvió a pensar en lo que

ocupaba su mente de modo inexorable.

No podía olvidar lo sucedido. No lo olvidaría nunca, estaba bien segura. Pero no sabía qué hacer. No estaba segura si debía inicialmente pedir consejo a Kwan, o ir directamente a la policía. Pero ¿creería alguien su historia, aunque ella pudiese conducirles al escenario del increíble hecho presenciado en aquellos dos imborrables y tremendos días?

Iba a ser difícil eso, lo temía con toda su alma. Por ello no había llegado a la decisión de revelar cuánto conocía. Seguía sumida en sus dudas, en sus temores, en su latente inquietud. Pero algo tenía que hacer. Cualquier cosa era mejor que silenciar los hechos. Los tremendos hechos que había llegado a conocer, sólo porque su compañera de apartamento en San Francisco le había dejado un día una dirección, por si algo le sucedía o desaparecía misteriosamente.

Y otro, día, desapareció.

Roana Darwin, su buena amiga y compañera, desapareció, súbita e inesperadamente, sin dejar el menor rastro. La policía no logró dar con ella. Nadie lo consiguió. Por entonces, Suzuki no se había atrevido a informar de lo que la joven le dijera. Optó por callar, por esperar si ella regresaba. Roana le había recomendado muy especialmente que no se precipitase, que no diese ningún paso en ese sentido, hasta no estar totalmente segura de que no existía otro medio para dar con ella y evitar lo peor.

«Evitar lo peor»... Habían sido, exactamente, las palabras de Roana Darwin. A Suzuki le había preocupado eso durante bastante tiempo. Y más aún cuando su compañera desapareció de modo inexplicable.

Por fin, resueltamente, cuando hubo transcurrido demasiado tiempo para que Roana pudiese regresar o su desaparición se explicase de un modo trivial, la japonesita llegó a la conclusión de que debía utilizar aquel dato de alguna forma. Pensó en acudir a la policía. Pero juzgó quesera mejor comprobar por sí misma si esa dirección tenía algo que ver en el caso, para no complicar inútilmente a nadie. Suzuki era oriental y su mentalidad, por tanto, actuaba con un rigor y una serenidad difíciles de comprender para una mente occidental.

Optó por ir ella misma al lugar cuyos datos poseía a través de Roana.

Y descubrió entonces la terrible verdad.

Primero, había ido a esa dirección que Roana le diera. Era un lugar en Chinatown, en el propio San Francisco. Una tienda de antigüedades que regentaba un viejo chino apergaminado y afable. El la atendió, solícito y sonriente, sin que ella hiciera otra cosa que entrar allí y dar el nombre de Roana Darwin. Luego, regresó con un paquete de sobrecitos de hierbas aromáticas orientales, y le indicó

significativamente, con un gesto astuto, que allí dentro hallaría respuesta a todas sus preguntas. Eso fue todo.

Suzuki, ya de regreso a casa, desenvolvió las hierbas aromáticas, y descubrió entre los sobres un papelito con una determinada dirección, en las afueras de San Francisco. No dudó un momento: se encaminó allá.

Ese fue el momento en que todo se desveló para ella.

Suzuki se vio al borde mismo de un abismo terrible y estremecedor. Sus ojos se desorbitaron cuando, al llegar a aquel lugar, descubrió cuál era el destino de Roana, de otras como ella... y de sí misma, ahora que había entrado en la propia boca del lobo, guiada por su peculiar modo de actuar, en vez de haber acudido a la policía desde el primer momento.

Tuvo suerte. Mucha suerte. Logró escapar de allí. Era algo que ni ella ni, por supuesto, *los otros*, podían esperar. Suzuki ya sabía lo suficiente de Artes Marciales como para poner en práctica algunas katas. Eso sorprendió a su vigilante de esos momentos, y con una sincronización perfecta de un *Tsuki-Jodan* del puño derecho, lateral, y un *Yoko-Geri-Jodan* con el pie del mismo lado, derribó al individuo y escapó, alcanzando el automóvil de sus enemigos. Con él logró escapar, vertiginosamente, desafiando todos los riesgos del tráfico para volver al centro urbano.

Burló la persecución de que fue objeto, y se encontró a salvo en el centro de la urbe californiana. Inmediatamente, cambió de domicilio. Pero cometió su segundo gran error: no denunció el hecho a la policía.

Estaba segura de que no hubiese conseguido nada, aun informando a la ley. Aquellos siniestros personajes y el terrible secreto que descubriera en esa residencia situada fuera de la ciudad, habrían sido rápidamente trasladados de alojamiento, para evitar que la policía cayera sobre ellos. Eso, y un instintivo temor a verse mezclada en asuntos escandalosos, mantuvo callada a Suzuki.

Ahora empezaba a arrepentirse de todo ello, mientras seguía distraídamente, sin la suficiente concentración que el ejercicio requería, las enseñanzas de su profesor. Al menos, pensó, pudo habérselo dicho a su joven enamorado, Kwan Shang...

Sí, decidió. Eso es lo que haría en cuanto terminase los ejercicios de este día. Estaba resuelta a librar su mente de aquel lastre inquietante. Tal vez Kwan lograse dar con una solución que beneficiase a su espíritu atormentado... y a la infortunada Roana y todas las demás víctimas del más horrible de los crímenes imaginables.

Tomó esa decisión mientras su maestro la reprendía por otro error en una *kata* sencilla y sin grandes dificultades. Suzuki se

disculpó humildemente.

En esos momentos, el maestro dio orden de descansar unos minutos. Suzuki se retiró, tomando su toalla, y fue a su vestuario. Compartía el mismo con otras cuatro mujeres, dos de ellas de raza blanca, y las otras dos mulatas de piel bastante blanca. Suzuki era poco habladora, pero las demás dialogaban en esos momentos animadamente entre ellas, despojándose de sus ropas de *budokas*, para situar sus cuerpos desnudos bajo la ducha confortante. Había risas y comentarios joviales en las sanas muchachas practicantes de *karate-Do*. Sólo Suzuki estaba preocupada, hundida en sus reflexiones, mientras por sus formas desnudas, suavemente aceitunadas, corría el agua de la ducha. Frente a ella, ese mismo agua resbalaba por encima de pechos blancos o de color canela, de cuerpos de dos colores diferentes, hermanados, como el de ella misma, por la sublime humanidad de los principios del *budoka*.

De repente, se abrió la puerta de los vestuarios. Fue un brusco empujón a la puerta de cañas y papel, a la usanza japonesa. Gritaron las chicas, cubriéndose instintivamente los puntos más íntimos de su desnudez.

—¡Fuera! ¿Qué hace aquí? —gritó una—. ¡Es un hombre! ¡Este es el vestuario femenino!

—¡Váyase! ¡Esto es indigno! —protestó otra, airada.

El hombre no las hizo caso alguno. Avanzó en línea recta hacia una de ellas en concreto, sin que sus ojos helados, de un azul frío, pareciesen impresionados por la visión de aquellos cuerpos femeninos desnudos. Ni siquiera los miró.

Sí contempló a Suzuki, y ella lanzó un grito de terror, con los brazos cruzados poderosamente ante sus senos y su sexo. Creyó ver la muerte en los ojos y el gesto hierático de aquel hombre altísimo, enlutado y cruel.

Y no se equivocaba.

Los brazos del hombre se alzaron hacia ella. La luz del vestuario centelleó sobre el metal dorado de sus manos, que parecían modeladas en oro puro, pero con dedos perfectamente articulados.

Lo suficiente para cerrarse bruscamente en torno a su garganta, evitando con suma facilidad la kata desesperada de la joven, que fracasó. Aquel agresor era un luchador, sabía de lucha, aunque no fuese un *budoka* puesto que su código no era precisamente de honor y de nobleza. Estaba estrangulándola.

Y la estranguló.

Con una facilidad pasmosa, con un solo segundo o dos para ello, ya que sus dedos metálicos se hincaron en el cuello de la muchacha, rompiendo su laringe y provocando la muerte inmediata. Cuando soltó a Suzuki, sólo habían transcurrido tres segundos desde que la tocó con

sus dedos dorados. Y la japonesita estaba muerta. Con los ojos desorbitados, la boca convulsa. El rostro, extrañamente ennegrecido, la garganta rota...

Cuatro desnudos cuerpos de mujer, ágiles y elásticos, cayeron sobre el asesino con prontitud, dispuestas las cuatro hermosas *karatekas* a vengar a su compañera, practicando en aquel monstruo sus habilidades recién adquiridas.

El fracaso fue total. El hombre alto se revolvió, sacudiendo sus manos de metal dorado, que golpearon a las jóvenes *budokas*. Las lanzó lejos, emitiendo ellas chillidos de angustia, cuando aquellos dedos transmitieron a sus cuerpos mojados y desnudos, una sacudida eléctrica, un potente latigazo que paralizó sus nervios y músculos, arrojándolas inermes bajo las duchas.

Luego, el asesino de las manos doradas, salió de los vestuarios sin inmutarse. Cruzó con celeridad el corredor del *dojo*, y salió a la calle antes de que ningún otro discípulo de Artes Marciales hubiera podido acudir en ayuda de las mujeres.

Cuando lo hicieron, en el exterior arrancaba ya un automóvil, conducido por unas manos de oro, asesinas...

Y Suzuki Yondo estaba muerta.

Capítulo II
CODIGO DE HONOR

—Muerta…

—Sí. Muerta, Kwan —afirmó el teniente Dobkin, sombríamente —. Muerta del modo más extraño que jamás vi.

—¿Cómo sucedió exactamente, teniente? ¿Quién la mató, y cuál es la causa exacta de su muerte? —preguntó con amargura, Kwan Shang.

El oficial de homicidios de San Francisco, contempló tristemente a su joven interlocutor de raza oriental. Tras cubrir nuevamente el cuerpo de Suzuki con la sábana, hizo un gesto al empleado de la Morgue para que volviese a introducir su cadáver en el refrigerador del depósito. Luego, miró con gesto grave a Kwan, le tomó por un brazo, y salió con él al corredor, notando cómo vibraban, bajo el tejido de sus ropas, los poderosos músculos del luchador de kung-fu, perteneciente al grupo de Los Tres Dragones de Oro, los justicieros defensores de la ley y de los débiles.

—Kwan, todo esto es muy extraño. Por eso le hice llamar — comenzó el teniente—. Su joven amiga japonesa fue asesinada, según los testigos, por un hombre que tenía las manos de oro.

—¡Las manos de oro! —exclamó Kwan, mirándole asombrado—. ¿Qué tontería es ésa?

—No es ninguna tontería. Puede que no fuesen exactamente de oro, pero lo parecían. En suma, eran manos metálicas, pero perfectamente articuladas, con sus cinco dedos y todo, no esa clase de garfios ortopédicos que algunos usan. Manos que se movían, que apretaban… y que mataban. Más que eso: he comprobado que, además de presionar su laringe, hasta hundirla, transmitió al cuerpo de la muchacha una descarga eléctrica que la humedad de las duchas incrementó hasta hacerla francamente letal para Suzuki, de no ser porque ya estaba muerta cuando la recibió. Es evidente que el asesino quiso estar bien seguro de que la muchacha no quedaba con vida.

—Pero… pero todo eso no tiene sentido, teniente…

—Estamos de acuerdo, Kwan. Parece no tener sentido, pero estoy seguro de que en alguna parte hay una explicación para todo ello. Las muchachas del *dojo* aseguran que no se trataba de ningún sádico. Ni siquiera contempló sus cuerpos desnudos. Notaron esa misma descarga eléctrica, que las inutilizó, pero menos intensa. Aseguran que fue directo hacia Suzuki, despreciando a las otras. En

suma: no parece un error o una casualidad. Su víctima era Suzuki, y fue a por ella sin más rodeos, Kwan.

—Un asesino con manos de metal dorado... Y todos pudieron verle el rostro...

—Eso es. Están mirando ahora las fotografías de nuestro fichero de delincuentes, pero no creo que eso sirva de mucho. No recuerdo a ninguno habitual que tenga manos metálicas, y menos de ese color.

—Teniente, no tiene la menor lógica nada de esto. ¿Por qué Suzuki...?

—Lo he estado pensando, Kwan. He hablado con Personas Desaparecidas, y recuerdan el caso de Roana Darwin, una joven misteriosamente desaparecida, que no fue hallada jamás. Era compañera de apartamento de Suzuki. Luego, inexplicablemente, ésta se cambió de apartamento, hace justamente tres días, sin dejar su actual dirección en la casa anterior.

—Tres días... —pestañeó Kwan, mirando sobresaltado a Dobkin.

—Sí —el funcionario de Homicidios de San Francisco clavó en él sus ojos—. ¿Por qué dice eso, Kwan?

—Bueno... Hace tres días, exactamente, Suzuki regresó de una extraña ausencia de dos fechas, cuyas razones no quiso explicarme. Parecía muy cambiada después de ello. Como si algo la atormentara, haciéndola más taciturna y más inquieta. Miraba con frecuencia hacia atrás. Creí que temía ser seguida por alguien...

—Y así era, Kwan. Eso que me dice es importante. Confirma mis temores de que Suzuki sabía algo acerca de la desaparición de su amiga; luego averiguó sin duda algo más... y temía por su vida. Ustedes, los orientales, son gente extraña y difícil. Otra persona, tal vez hubiese venido a nosotros para pedir protección, pero ella era japonesa y obró a su modo. Por desgracia para ella, Kwan.

—Sí, eso es cierto —admitió Kwan, sombrío. Bajó la cabeza, tenso y pálido su joven rostro oriental—. Mi Suzu querida... Tengo que encontrar a ese hombre...

—Kwan, no quiero venganzas. Esto corresponde a la ley.

—Sabe que no me vengaré. Nosotros, los *budokas*, no buscamos violencia. Pero queremos que los culpables de una infamia, paguen su delito. Sólo eso. No busco venganza. Sólo justicia.

—Sí, le creo —Dobkin suspiró, mirando al joven luchador de *kung-fu*—. A usted tengo que creerle, Kwan. Como a todos los que han hecho de las Artes Marciales uh camino, un *Tao*, como diría usted, un *Do*, que hubiera dicho la pobre Suzuki...

—Exacto, teniente —afirmó Kwan, sombrío—. La Vía de nuestra existencia. El camino de la perfección física y espiritual. Pero nada es perfecto cuando el mal está por medio, como ocurre ahora...

* * *

El avión se posó en el aeropuerto internacional de San Francisco.

Entre los pasajeros que descendieron de él, no había solamente un rostro oriental. Eran varios los asiáticos que llegaban a la ciudad franciscana, como sucedía normalmente en todos los vuelos del extranjero, especialmente en aquellos que venían del Pacífico y de países, por tanto, del continente asiático.

Pero entre esos viajeros, uno hubiera destacado nítidamente para un observador minucioso. Ese viajero; era el joven japonés de traje gris, y aire perfectamente: occidental, salvo en sus facciones, frías e inexpresivas, bajo el cabello negro, peinado y lustroso.

El viajero procedente de Tokio miró a uno y otro lado, con su liviana bolsa de viaje en la mano, como! único equipaje aparte su gabardina colgada del brazo. Se encaminó al edificio del aeropuerto, y poco más tarde, un taxi le conducía al centro urbano.

Descendió ante el hotel Huntington, de California Street. No era de los mejores, pero sí de los hoteles importantes de San Francisco. Se aproximó a recepción. El conserje sacudió la cabeza al verle.

—Lo siento, señor, pero tenemos completo el hotel en la actualidad... —comenzó.

—Encargué mi habitación desde Tokio por teléfono —dijo el viajero, impasible—. Mi nombre es Taro Yondo.

—¡Oh, sí, señor Yondo! Eso es diferente —se apresuró a manifestar el conserje vivamente—. Aquí está su reserva. Habitación 407, cuarta planta. El botones le acompañará. Firme aquí, por favor...

El japonés firmó en el registro, añadiendo su punto de origen y su profesión. Esta fue expresada con una frase escueta: ingeniero electrónico. Subió a su habitación. Cerró tras de sí con llave, tras salir de allí el botones. Había tomado un periódico local en el puesto del vestíbulo, antes de tomar el ascensor. En su primera plana ya no figuraba la noticia. Sólo en su tercera. Dos columnas en el ángulo superior derecho, y nada más. Un titular breve, no muy visible:

> «Sigue el misterio en torno a la muerte de una joven japonesa en un *dojo* de Telegraph Hill. La policía silencia su actividad en el caso.»

El japonés estrujó el periódico entre sus dedos. Lo dejó caer al suelo alfombrado. Abrió su agenda. Buscó algo en ella. Una determinada página. Había un nombre escrito. Lo subrayó rabiosamente con un bolígrafo rojo

El nombre era:

KWAN SHANG

Debajo, en japonés, añadió un signo, una palabra escueta. Pocos occidentales la hubieran comprendido. Un compatriota suyo hubiese leído en ella un término dramático e inquietante:

MUERTE

Muerte para Kwan Shang.

Abrió luego su maletín. Extrajo algo de él. Algo insólito para un viajero que se hallase en Nueva York como turista.

Un kimono, un sable de *samurái*, curvo y afilado, dentro de su funda. Y un peculiar casco rematado en un extraño signo. Depositó todo sobre un mueble. Lo miró, reverente, silencioso. Se inclinó, en un saludo solemne y juntó sus manos. De sus labios brotaron palabras en nipón:

—Shi mon yori irite sei mon niiru[1].

Después, se apartó lentamente de aquellos objetos, propios de un guerrero japonés medieval, un auténtico *samurái*, y murmuró para sí, en inglés correcto:

—Justicia... Todo acto humano debe basarse en la justicia y en el honor...[2]. Así será, Suzuki, hermana querida. "Tu hermano Taro ha venido para hacer justicia. Para que tu asesino pague sus culpas. ¡Yo estoy seguro de que ese asesino se llama Kwan Shang!

Y sus dedos se cerraron con fuerza en el aire, mientras sus ojos contemplaban la empuñadura del sable *samurái*. Igual que si la empuñara en ese momento para hacer justicia en nombre de su hermana muerta.

Era el código de honor y de venganza que cualquier *samurái* respetaría hasta más allá de la misma muerte...

* * *

—Evidentemente, el asesino sabía lucha. No era un *budoka*, porque ningún *budoka* mataría jamás a nadie de ese modo ni cometería violencias gratuitas o actuaría al servicio del crimen. Pero sabía luchar. Conocía Artes Marciales, seguro.

—¿Por qué lo afirmas así? —dudó Kwan, contemplando fijamente a Frank Cole.

El alto, atlético y arrogante actor cinematográfico y karateka famoso, hizo un gesto expresivo. Lena Tiger le contempló sin hacer comentarios, desde la mesa donde estaba arreglando unas flores siguiendo el más puro estilo *ikebana*, en un bello jarrón chino. El arte de las flores era también parte intrínseca de las doctrinas *Zén*. Y la bella luchadora de piel canela oscuro y cabello crespado en torno a su

hermoso rostro sensual, disfrutaba con él.

—Las testigos lo confirman, Kwan —le recordó Cole serenamente. Sus grises, metálicos ojos, revelaban un gran control de su mente y de sus ideas, una ausencia total de precipitación o de nerviosismo, en aquella o en cualquier otra ocasión más agitada—. Eludió una *kata* de Suzuki, bastante rápida y perfecta. También se deshizo de las otras cuatro chicas, pese a ser *judokas* bastante aventajadas, ya aspirantes a su cinturón amarillo. No sólo a causa de la electricidad de sus manos metálicas, sino también debido a una perfecta acción defensiva, que lanzó lejos a las muchachas. Aseguran que pocas veces han visto una vuelta Mate tan perfecta y tan rápida. Eso no lo hace un profano en Artes Marciales, evidentemente.

—¿Eso puede significar algo? —dudó Kwan.

—Eso puede significar, sencillamente, que se trata de un especialista al servicio de alguien. Dudo mucho que el misterioso asesino de manos doradas fuese algo más que un asalariado, un instrumento de muerte, obedeciendo órdenes ajenas.

—Pero órdenes... ¿de quién? —se interesó Lena Tiger, desde su rincón, terminando de poner las últimas flores y hojas en el jarrón, que mostraba un bello aspecto, armonioso y sutil.

—Ojalá supiéramos eso, Lena —suspiró Cole—. Suzuki sabía algo que era peligroso para otras personas. Y la silenciaron definitivamente.

Kwan bajó la cabeza con expresión de amargura. Su voz sonó ahogada:

—Y con ella, mueren las posibles pistas —musitó—. No tenemos la menor idea de nada...

—Te equivocas —dijo suavemente Cole, paseando por la estancia su alta, esbelta y felina figura—. Tenemos algo. Lo que te dijo el teniente Dobkin: una chica desapareció una vez. Se llamaba Roana Darwin. Trabajaba de modelo en un estudio fotográfico, según he averiguado. ¿Cuál era el oficio de Suzuki desde que llegó a Estados Unidos?

—Algo parecido —suspiró Kwan, con leve sorpresa—. Actuaba en spots de televisión. Y también en anuncios para carteles publicitarios de turismo. Ya sabes: bonitos afiches para viajes a Extremo Oriente y cosas así.

—Sí, entiendo. Pobre chica... —Cole movió la cabeza, afirmativo —. Vi algunas veces su rostro, ahora lo recuerdo. Pero la muerte la desfiguró tanto... Lo siento, Kwan. Primero pensé que era sólo una buena amistad. Ahora me doy cuenta de cómo debes sentirte...

—No te preocupes —sonrió Kwan, forzado—. Los orientales sabemos llevar las cosas con entereza, créeme. Además, soy un *budoka*. Me enseñaron a sufrir y a soportar los embates de la vida con

firmeza y con alta moral. Sólo pido justicia ya. Cuando eso se consiga, me sentiré algo más tranquilo. Suzuki se merece que su asesino sea castigado.

—Estamos de acuerdo, Kwan. ¿Qué hay sobre las investigaciones policiales?

—Poco positivo. El teniente Dobkin me confesó que no tienen gran cosa entre manos.

—Muy bien. En ese caso, tendremos que ayudarla a nuestro modo.

Lena se irguió. Sus ojos oscuros brillaron excitados. Los labios carnosos se entreabrieron en una blanca sonrisa expectante y animosa.

—¿De veras? —exclamó—. ¿Vamos a actuar nosotros, Frank?

—Sí. Pero no te animes demasiado. Nosotros tampoco tenemos gran cosa por dónde empezar, si hemos de ser sinceros. Hay que buscar un principio, un cabo que nos lleve a intentar desenredar el ovillo. Sea el que sea.

—Pero ¿cuál, Frank? —se quejó Kwan Shang—. Apenas sabemos nada de Suzuki. Y menos aún de lo que ella averiguó sobre alguien en esos dos días de ausencia…

—Exacto, Kwan. Esos dos días de ausencia son la clave. La policía ha registrado ya su apartamento, el que ocupa ahora. Dice el teniente Dobkin que no hallaron nada en él. Pero a nadie se le ha ocurrido registrar el otro apartamento, el que ocupara con Roana Darwin anteriormente.

—¿Y…?

—Creo que en ése está la clave —sonrió Cole—. Al menos, una de las claves. Lena, te vas a ocupar de eso, como mujer que eres. Ve allá. Alquila el apartamento si está libre. Si no, ingéniatelas para entrar en él y registrarlo en busca de algo positivo. En cuanto a ti, Kwan, será mejor que no hagas nada por el momento. Has pasado lo peor de todo esto. Yo me ocuparé de otro aspecto de la cuestión. Un aspecto bastante agradable… incluso para un *budoka*.

—¿Qué tarea es ésa, Frank? —se interesó Lena Tiger, enarcando las cejas.

—Investigar entre las compañeras profesionales de Roane y Suzuki: las modelos, ¿entiendes? Un hermoso mundo de chicas bonitas…

Capítulo III
SAMURAI

Era un apartamento pequeño y confortable. Ideal para dos personas. Sobre todo, para dos muchachas que fuesen buenas amigas y compañeras de trabajo. Gozaba de una bella panorámica de la bahía, con el puente que unía San Francisco con Oakland. El paraje en que se hallaba el edificio era uno de los más tranquilos de Rincón Hill, a la altura de Freemont,

Lena Tiger observó todo eso atentamente, mientras miraba en torno suyo, satisfecha por el resultado de su gestión. La persona encargada de arrendar los apartamentos, un hombre pequeño, charlatán y vivaz, había manifestado que nadie ocupó aquel apartamento desde que la joven japonesa lo había abandonado, y no dudó un solo instante en que, en efecto, Lena era una modelo de raza negra, dispuesta a abrirse camino en el difícil mundo de las modelos femeninas.

—Oportunidades no van a faltarle, con ese tipo y esa cara —dijo el hombre, con evidente sinceridad en su tono.

Y cobró el alquiler anticipado por un mes, sin hacer nuevas preguntas ni molestarse en averiguar más acerca . de su nueva inquilina. Luego, Lena se quedó sola en el apartamento.

Ahora comenzaba la búsqueda. La búsqueda de algo que ni siquiera ella sabía lo que podía ser. Pero que diese un rayo de luz, una leve pista en el misterio que envolvía la desaparición de Roana Darwin y la muerte de Suzuki Yondo. Algo que podía estar en este apartamento. O que ni siquiera podía existir.

Lena dedicóse a su tarea con entusiasmo. Comenzó a revolver muebles, objetos y todo cuanto se hallaba en la que fuera habitación de ambas muchachas, ya que el apartamento sólo tenía un dormitorio, un *salón-living*, una cocina y un aseo, además de la terraza asomada a la bahía de San Francisco.

Sabía que tendría que removerlo todo, posiblemente para no encontrar absolutamente nada. Pero era el trabajo que Frank Cole le asignara. Y la joven obedecía, como miembro del grupo conocido con el nombre de Los Tres Dragones de Oro, los *budokas* unidos para luchar contra el crimen y la injusticia, y cuyos medios provenían de un oculto y remoto lugar de China, donde precisamente tres dragones dorados les dieron la llave de una inmensa fortuna en oro, oculta en una pagoda ignorada del mundo. Los tres camaradas, Frank Cole,

Kwan Shang y Lena Tiger, eran un arma poderosa y justa, al servicio del desvalido o del que estaba en peligro. Esta vez, por desgracia, nada podían hacer por la víctima, ya que ellos intervinieron tarde en el drama. Pero, como dijera Kwan, buscaban lo único que se podía hacer por la dulce y desdichada Suzuki: justicia para el asesino.

La búsqueda se fue prolongando. Lena removía todo, incluso muebles, en busca de aquel hipotético indicio. Hasta ahora, nada de lo que hallara era válido. Pensó que, al haberse hecho limpieza del apartamento, tal vez borraron la única pista posible. Era un riesgo con el que había que contar. Pero si Roana o Suzuki hubieran querido ocultar algo en aquel apartamento…, ¿hubiera sido tan sencillo que desapareciese con una simple limpieza rutinaria?

Esa era la esperanza que animaba a Lena a seguir la búsqueda, incluso en los rincones más inverosímiles del apartamento de Rincón Hill.

Y al fin, la esperanza se vio cumplida.

Encontró algo. Posiblemente la pista que estaban buscando.

* * *

—¡Taro! ¿Qué haces tú en San Francisco, amigo mío?

—Ya ves, Osako —abrazó a su amigo con energía, mostrando en el rostro una afable sonrisa que ocultaba sus verdaderos sentimientos —. Lo he pensado bien, y acepté seguir tus consejos. Busco mi oportunidad en Estados Unidos.

—¡Pero eso es magnífico! —se entusiasmó el joven y risueño Osako Karubi, quitándose sus gruesas gafas y limpiándolas minuciosamente, mientras sus ojos almendrados, miopes, contemplaban dificultosamente ahora a su viejo amigo de Tokio—. Cuando papá lo sepa, va a ponerse muy contento… ¡Taro Yondo, decide al fin venirse a América para trabajar!

—Eso es —suspiró Taro, suavemente—. Por eso te he telefoneado. Lo cierto es que aún no conozco a nadie en este país, y me siento como perdido en él, a pesar de que Tokio es una ciudad infinitamente más populosa y complicada que San Francisco.

—No se hable más del asunto. Vamos a comer juntos en un delicioso restaurante japonés que conozco, y recordaremos viejos tiempos, a la vez que hacemos proyectos para tu inmediato futuro entre nosotros. Como sabes, mi padre, el viejo y obstinado Shinto Karuki, logró su objetivo de llegar a director general de la Electronic Western Company, y yo soy su jefe de ventas en California. No porque sea su hijo, ya sabes cómo es papá. Sólo porque cree que valgo para ello. Y parece ser así, puesto que el volumen de ventas aumenta por momentos.

—¿Crees que puedo encontrar un puesto de trabajo en semejante

empresa?

—¡Cielos, Taro, un ingeniero de tu clase, tiene el trabajo seguro en cualquier lado, y más en nuestra empresa! Vamos, prepárate. Hablaremos de ello mientras almorzamos. ¿No te cambias de ropa para salir? Aunque veo que llevas poco equipaje...

Taro dirigió una mirada pensativa a su maletín. Asintió.

—Sí. Adquiriré algo en los almacenes de la ciudad —dijo—. Será mejor así. Me gusta viajar con lo preciso. Y ahí llevo lo que más necesito.

Osako, naturalmente, no se dio cuenta del tono peculiar que empleara su amigo al mencionar esto último. Para el joven japonés instalado en California con su padre, no podía caber en la imaginación que su amigo Taro Yondo pudiese ser una especie de moderno *samurái* con la mentalidad y la decisión de un antiguo guerrero medieval, dedicado a la venganza de su honor y de su familia.

Se puso nuevamente sus gruesas gafas el joven Osako, tomó a su compatriota por un brazo y le condujo hacia la salida de la habitación del hotel, hablando animadamente en su lengua natal:

—Vamos ya. Por el camino, nos detendremos a adquirir ropas nuevas. Yo conozco mejor esta ciudad y sé dónde comprar lo mejor a buen precio. Desde ahora soy tu anfitrión en San Francisco, Taro. Espero que no hagas nada, sin consultar antes conmigo. Este país es más extraño de lo que imaginas. Sobre todo para alguien que lo visita por vez primera, viniendo de nuestra amada tierra...

—Te lo consultaré todo, Bueno, casi todo —sonrió extrañamente Taro, su mirada lejana, sin que su amigo se fijara en ello—. Hay cosas que no necesito consultar a nadie...

Osako no le dio importancia, ni siquiera pareció fijarse en esa frase enigmática de su viejo compañero de estudios en Tokio. Y tampoco Taro insistió en ello.

Pero su mente iba ocupada por ideas muy distintas a las que Osako podía imaginar. Taro pensaba sólo en un hombre, en un nombre: Kwan Shang. Un joven chino que tuvo relaciones con su hermana. Sin duda, el culpable de su muerte, en aquel mundo indigno, formado

por modelos y mujeres capaces de desnudarse. Esa era su mentalidad ante los hechos.

Para él, Suzuki había sido víctima de manejos impuros y de obscenas influencias. Luego había muerto violentamente. Un sólo hombre sabía él que estuviera por medio. Suzuki le había escrito una vez, dándole su nombre con entusiasmo, diciendo que le amaba y esperaba ser amada hasta el punto de convertirse en su esposa.

Ese hombre era Kwan Shang. Vivía ahora en alguna parte de San Francisco. Y Suzuki estaba muerta...

Necesitaba a su amigo Osako. Necesitaba a gente que conociera la ciudad. Le llevarían, de un modo u otro, hasta Kwan Shang.

Y luego…

Luego, actuaría el samurái que llevaba en sí mismo.

* * *

Estaba resultando mucho mejor de lo que imaginara. Infinitamente mejor de lo que había sugerido a Lena sólo en forma de comentario humorístico.

El mundo de las modelos femeninas, no era demasiado partidario de hipocresías ni de circunloquios. Allí se iba al grano. Y un hombre como Frank Cole, con su estatura, su arrogancia, su físico y su sonrisa atractiva, su fama de actor cinematográfico y de luchador, tenía por fuerza que hallarse allí en una auténtica jungla.

Pero una jungla encantadora y llena de placeres. Una selva voluptuosa, capaz de apresar en su espesura a cualquier hombre. Incluso a Frank Cole, por supuesto.

Sheree King había resultado ser la muchacha que buscaba. Amiga íntima de Roana Darwin en los estudios de filmación y fotografía publicitaria. Conocía ligeramente también a Suzuki. Trabajaba regularmente con el muy prestigioso Sam Caddox, en los trabajos de Publicidad y Reclamos Caddox Californiana.

Poseía todos los atributos de belleza necesarios para vender lo que fuese, desde una crema dental hasta un whisky, pasando por unos sostenes o un slip. Sobre todo, estas últimas cosas. Su cuerpo era como para salir en dos piezas. O sin ninguna. Y era lo que habitualmente hacía. Play-boy, Men, y otras publicaciones para varones, habían visto reproducidos sus macizo; senos y su provocativo trasero en muchas fotografía presuntamente artísticas. «Los hombres», pensó Cole adquirirían cualquier cosa que ella vendiera. Sus empresarios debían pensar lo mismo.

Ahora, Cole estaba conociendo, por experiencia propia, los atributos físicos de la rubia y curvilínea Sheree. Estaba en sus brazos, tan vestida como lady Godiva en su famoso paseo a caballo, o como Eva en el Paraíso Sus ojos podían contemplar aquellas formas exuberantes, mientras ella, candente de pasión, adhería a si boca unos labios húmedos y cálidos, ávidos y avasalla dores como pocos.

—Frank, mi Frank querido… —jadeaba, en éxtasis sus ojos entornados, el cuerpo entregado dócilmente al hombre—. Cuando te veía en la pantalla… jamás soñé con tenerte así, junto a mí… Así, tan cerca… Más, más cerca, Frank, amor…

Y Frank Cole obedeció, porque no tenía otro reme dio, si quería llegar a alguna parte con aquella hermosa ninfómana… y porque, en el fondo, era la eterna situación entre un hombre y una mujer.

El deseo envolvía aquel cuerpo turgente. Bajo si abrazo, todo él vibraba. Las bocas se apretaron más fuertemente y, naturalmente, también ese éxtasis supremo invadió a Frank Cole, el hombre, cuando ella le condujo al clímax entre sus brazos de seda.

* * *

Había sido todo tan rápido, que Frank Cole aún se preguntaba, fumando calmosamente el cigarrillo, cómo era posible que, a las dos horas de entrar en la empresa publicitaria Caddox, la rubia y exuberante Sheree King, la modelo más famosa de San Francisco, hubiera compartido con él aquellos instantes inolvidables…

Pero su mente fría, lúcida y serena, ya apartaba de sí todo elemento ajeno a su tarea, incluso el puramente afectivo o emocional, para centrarse en lo que allí le había llevado.

Sheree parecía darse cuenta de ello. Ya no era la mujer ardiente e insaciable, sino una joven rubia que fumaba, mirándole con fijeza, como intuyendo la clase de hombre que había detrás de la figura de aquel famoso actor, capaz de interpretar perfectamente personajes como Tarzán o Supermán. Pero en el que intuía un cerebro, una inteligencia aguda, y un método frío, deliberado y preciso, que ningún otro actor de cine poseía.

—En resumen —dijo Sheree, con cierta sequedad—. Has venido a saber algo.

—Sí, Sheree —asintió Frank.

—Y me elegiste a mí como medio de información.

—En principio, sí.

—Te has doblegado a mis deseos sólo por complacerme. Como si pagaras un precio por lo que has de averiguar gracias a mí.

—No, Sheree, no es eso.

—¡Sí lo es! —pareció repentinamente disgustada—. Frank, no me gustan las mentiras.

—Yo rara vez miento —replicó él con gravedad—. Te dije la verdad. Vine para saber algo. Te elegí a ti como vehículo de mis intenciones. Luego, no me he doblegado a nadie. No has sido un simple objeto para mí…,sino una mujer. Lo que eres. Tengo un particular código de honor, Sheree. No puedo humillar ni ofender a nadie. Aprovecharme de ti, sería algo de eso. Nos hemos conocido, y te he gustado. Tú me has gustado a mí. Somos hombre y mujer. Eso lo explica todo.

—¿De veras? —ella dudó ante su tono rotundo, sincero—. Creí que sólo pagabas un precio para llegar a alguna parte…

—Entonces sería una máquina, no un hombre. He sentido la pasión como la sentiste tú. Es algo natural, puramente biológico. No es amor, claro. Tú tampoco me amas en el sentido exacto de la palabra.

—¡Claro! —sonrió ella, melosa—. Es... una aventura. Pero me gustas, eso sí.

—También tú a mí —dijo Cole—. Me gustas igual mente, aunque no me digas nada de lo que vine a saber.

—¿Trabajas para la policía?

—No. Es algo personal. Y muy confidencial. Nadie sabrá nada por mí.

—Está bien —hizo un gesto, suspiró, aplastando el cigarrillo en un cenicero, y se aproximó a Frank. Se sentó en sus rodillas. Cole puso una mano suya en los desnudos muslos de la modelo—. ¿Qué quieres saber de aquellas dos chicas?

—Posiblemente de Suzuki no sepas mucho. Pero sí de Roena... Por ejemplo: ¿qué pudo ocurrir para que desapareciese? ¿Tenía proyectos, idea de ir a alguna parte?

Sheree dudó. Luego, manifestó roncamente:

—Sí —miró a su alrededor, preocupada—. Sí, Frank. Iba a ir a alguna parte.

Cole la contempló fijamente. Se puso tenso. Tenía su roja boca húmeda muy cerca de la de él. Pero ahora no sentía nada como hombre. Era el Frank Cole de siempre. El Dragón de Oro. El *budoka* justiciero en busca de la verdad oculta.

—¿Adónde, Sheree? —inquirió.

—Es... es peligroso hablar de ciertas cosas... —ella se humedeció los labios, inquieta.

—Estamos solos. En tu propio apartamento. ¿Hay peligro en ello? .

—Tú mismo podrías ser un hombre de Orient Love y... —se detuvo, mordiéndose los labios como si hubiera dicho demasiado ya. Notó Cole que temblaban sus pestañas.

—¿Orient Love? —repitió Cole—. ¿Qué es eso? Parece una marca de cosmético...

—No lo es —a regañadientes, ella bajó la cabeza, musitando—: Es... una empresa.

—Ya —Cole aventuró una idea que su mente le sugería—. Pornografía.

Se estremeció Sheree. Asintió con la cabeza, sin hablar. Era obvio. Tenía miedo.

—Sigue, por favor —rogó él—. Pornografía. Filmes, fotografía prohibidas... Toda esa industria, ¿no es cierto? Y un nombre poético para tanta basura: Orient Love.

—Son poderosos, Frank. Pagan muy bien. Pero exigen exclusiva total...

—Exclusiva total, ¿en qué? ¿En posar para sus películas y fotografías... o también para vivir a su servicio, para convertirse en

juguete de sus métodos? ¿Sigue acaso ella, Roana King, con esa gentuza?

—Me… me temo que sí —humedeció sus labios, ahora repentinamente secos. Le miró con ojos dilatados de terror, muy de cerca—. ¡Oh, Frank, si supieran algo…! Esa gente está por todas partes. Me matarían, seguro…

—No temas. Nadie te hará nada. Sigue, te lo ruego. Cuéntame el resto. Roana fue con ellos, picó el anzuelo… ¿Y qué? Eso no aclara que nadie sepa más de ella. ¿Qué otra cosa esconde esa industria maldita? Si quieres protección, la tendrás. Pero debes hablar, Sheree. Te soy enteramente sincero, tienes mi palabra de honor.

—La protección vais a necesitarla los dos… ¡y ahora!

Sheree emitió un grito de terror, saltó de las piernas de Cole y se volvió hacia donde sonara la voz. También Frank miró en esa dirección, irguiéndose con una celeridad pasmosa y armónica.

Había tres hombres. Armados todos, y cubiertos con caperuzas. Sus armas de fuego encañonaban a los dos. Se hallaban en la puerta-balcón de la casa, y venían evidentemente del jardín.

Cole supo que apretarían el gatillo inmediatamente. Sus armas eran silenciosas. No harían ruido al asesinarles.

Capítulo IV
ASESINOS DE CRANEO DE METAL

Lena Tiger sostuvo entre sus dedos lo que acababa de hallar. Su corazón palpitaba con mayor fuerza.

Era algo. Era lo que había buscado. Un objeto indefinido, pero que significara un camino, un principio. Aquello podía serlo. Estaba segura de que lo era.

Examinó el objeto una vez más. Una simple llave. Y un llavero curioso. Una figura modelada en plata, con una cadenita de igual material. La figura representaba una mujer desnuda, en posición provocativa. Sobre su pecho se leía, grabado en la plata:

ORIENT LOVE PICTURES

Al otro extremo de la cadena, la llave. Plana, pequeña, dentada. Con un número grabado sobre el metal de su asa ovalada: el número 7.

¿Por qué Roana Darwin o Suzuki Yondo habían guardado tal objeto en un lugar insólito, como era el congelador del frigorífico, al fondo, tras la bandejita para cubitos de hielo? Era como para evitar que una limpieza normal diese con llave y llavero.

Una lucecilla roja titiló en el fondo de la mente aguzada de la morena muchacha de músculos elásticos y cuerpo escultural, agazapada ahora junto al refrigerador abierto, en cuyo interior hallara aquel objeto.

¿Y si era para evitar también un posible registro del apartamento?

Un registro.

¿De la policía? No. Lena estaba segura ahora de que temiera una de las muchachas, casi con toda seguridad Roana, ya que Suzuki, al marcharse por su voluntad de allí, se hubiera llevado consigo el llavero y 1 llave.

Roana Darwin temía el registro del apartamento pe parte de otras personas. Y ese registro ya había sido hecho. Lena estaba convencida de ello. Los asesinos de Suzuki, los responsables de la desaparición de Roan; no podían haber pasado por alto tan elemental medida. Si buscaban algo, y sabían que Roana lo tenía consigo ¿adónde ir, sino al apartamento ya vacío? Sólo que ellos ni siquiera se anunciarían al conserje del edificio ni al encargado de alquilar las viviendas.

El registro ya se había hecho. Pero ellos no encontraron lo que buscaban. Por lo tanto, aquella llave aquel llavero significaban algo muy concreto. Recordó vagamente que un día leyó algo sobre la empresa Orient Love. Se habían especializado en llenar el mercado de pornografía cinematográfica y fotográfica. Editaban folletos y películas de ese tipo. Legalmente, no se les podía hacer mucho. La tolerancia para el mercado pornográfico era muy amplia últimamente. Pero aun así eran los más descarnados y morbosos en la utilización de tales recursos.

Orient Love... Y una hermosa modelo blanca desaparecida. Y una modelo japonesa, muerta. ¿Podía haber relación entre todo eso? Evidentemente, podía haberla.

Lena se encaminó a la salida, guardando la llave en un bolsillo oculto bajo su blusa, justamente entre ambos erectos y morenos pechos. Un adhesivo cerraba ese pequeño bolsillo con su contenido para evitar riesgos.

Abrió la puerta. Inmediatamente, se sintió volteada con violencia, saltó su cuerpo por los aires, proyectado por una inesperada llave de judo, y se estrelló contra la puerta del ascensor, que se abría en ese momento.

Aturdida, miró desde el suelo al hombre fornido, musculoso, de cabeza encapuchada, que la arrojara tan violenta e inesperadamente al vacío. En el mismo instante, notó que unos pesados pies pisaban junto a ella. Uno de ellos se apoyó en su estómago, y el otro sobre sus senos, oprimiéndolos. Eran dos hombres. Alzó la cabeza. Vio sus altas figuras, sus cabezas cubiertas por caperuzas de lana.

—¡Quieta, tigresa negra! .—jadeó una voz, tras una de las caperuzas—. Vas a venir con nosotros ahora. Y nos contarás cuanto sepas. Si hallaste algo ahí dentro que se nos pasó a nosotros por alto, nos lo entregarás. Vamos a revisar cada pulgada de tu cuerpo en busca de ello, de modo que no vengas con pretextos. Y no intentes ningún truco, preciosa. Sabemos que eres una *budoka*. Nosotros también sabemos lucha oriental, ya lo has notado. Sólo que no tenemos escrúpulos en usarla en beneficio nuestro. E incluso matando, si es preciso...

Lena se mantuvo quieta, contemplando a los dos agresores del ascensor y el tercero, que volvía desde la puerta del apartamento. Este último había extraído una pistola automática y la encañonaba sin contemplaciones. Iba provista de silenciador. Si se movía, alojaría con suma facilidad una bala en su cabeza. El individuo se había situado a prudencial distancia de ella, para no ser alcanzado por kata alguna que intentase Lena.

Se podía decir que estaba en poder de sus enemigos. Sin lugar a dudas.

* * *

Frank Cole apenas si vaciló una décima de segundo. Y ni siquiera era vacilación, sino análisis mental de sus posibilidades. No eran muchas, pero confiaba en que resultaran suficientes frente a aquellos matones de rostros encapuchados.

Sheree, lívida y horrorizada, comprendía que había llegado su último momento. Trató de aferrarse a Cole, implorando una protección que sabía imposible. Por fortuna, no llegó a hacerlo, y eso permitió al joven actor y luchador una total libertad de movimientos.

Eran tres los enemigos, y los tres armados de pi.< tolas provistas de silenciador. Tenía que ser muy r¿ pido. Más aún; vertiginoso.

Y lo fue.

Inesperadamente, el cuerpo inmóvil de Frank Cole se convirtió en un torbellino de actividad. Su concentración interior, profunda e intensa, estalló en una especie de grito que no era tal, sino un sonido casi irreal, restallante como un latigazo, violento como un estampido, sobrecogedor como una descarga eléctrica brotando no de su boca, sino de su pecho, de su estomago de todos los poros de su ser:

—¡KIAI!

Era el estallido, el grito de su concentración espiritual, el clímax de su poder, tras un relampagueante segundo de *Moxo*, o concentración mental, meditación intensísima que le conducía al supremo arranque de todo su vigor, de toda su potencia latente.

Sobrecogidos por aquel grito inhumano, los tres pistoleros vacilaron mucho más tiempo que Cole. Esa vacilación les fue fatal. Una especie de torbellino viviente, un felino humano de poder increíble, se les vino encima en un salto fabuloso.

El *Kumite* o esgrima de manos de Cole, se armonizaban en esos momentos con el *Mate*, o arte de dar vueltas en el *karate*, y sus pies y piernas actuaban sincronizados matemáticamente con aquellos puños o manos suyas que, bien con los nudillos, bien con los filos de sus manos, en forma de hacha, descargaban demoledores *kimes*[3] sobre el trío de atónitos, petrificados pistoleros.

Estos se defendieron del mejor modo posible. Uno alzó su arma para disparar, mientras otro quería golpearle con su pistola en la cabeza, y el tercero intentaba precipitarse hacia Sheree, para reducir a la muchacha rubia y utilizarla como escudo contra aquel demonio devastador, cuyos golpes desarmaban a los rufianes, y les lanzaba violentamente contra la pared, dando volteretas.

Cole era un vertiginoso alarde, una sucesión de *Mae-Geri-Jodan*, de *Gyaku-Tsuki-Chudan*, de *Uchi-Ude-Uke*, y de toda clase de movimientos codificados, de *kates* perfectas, realizadas con

matemática precisión. Los dos enemigos fueron abatidos mucho antes de que pudieran usar sus armas.

En cuanto al tercero, antes de dar alcance a Sheree o poder actuar contra ella, fue alcanzado, a su vez, por otro rápido giro o Mate de Cole, quien le alcanzó con un *Tsuki-Chudan* muy potente al plexo solar, paró el impacto del cañón de la pistola enemiga con un *Uchi-Ude-Uke* rápido, para luego remachar su acción con un seco, contundente y devastador *Nukite* derecho, con la mano vertical al estómago del adversario.

Este puso sus ojos en blanco, se tambaleó mientras caía… y recibió en ese momento un áspero *Uraken-Sho-men* en la sien, que le derrumbó pesadamente, totalmente vencido. Su cuerpo inerte chocó en la alfombra de modo sordo. Se quedó inmóvil, como sus otros dos compinches.

—Dios mío… —gimió Sheree King, demudada, mirando los cuerpos caídos, y luego clavando unos ojos estupefactos, admirados, en la figura serena de Cole, que parecía no haber desarrollado esfuerzo alguno para terminar con sus tres adversarios—. Parece imposible, Frank…

—No eran enemigos difíciles, querida —sonrió Cole, encogiéndose de hombros—. Simples asesinos a sueldo, supongo…

Se inclinó. Les quitó las caperuzas, junto con las armas silenciadas. Les registró, mientras examinaba sus rostros. Llevaban también navaja o cuchillo. Retiró todo y fue al teléfono.

—Ya lo ves —suspiró—. Son orientales los tres. La policía se ocupará de ellos.

—¿Son chinos…? —se estremeció Sheree, mirándoles.

—No. Japoneses —Cole empezó a marear un número—. Curioso, ¿no? Igual que Suzuki Yondo. Uno llevaba esto, sujeto a su navaja automática. Es un llavero. Un curioso llavero de plata con una mujer desnuda… y un nombre grabado: «Orient Love».

—Ellos… —se estremeció Sheree, muy alarmada—. ¡Cielos, Frank, mi vida peligra ahora!

—No temas. Te facilitaré los medios para que abandones, por un tiempo, los lugares que frecuentes. Poseo una finca en las afueras de San Francisco. Allí nadie dará contigo. Habrá amigos que vigilen y te protejan, aunque tú no los veas. ¿Te complace la idea?

—Sí, pero… Caddox puede anularme el contrato. No tolera ausencias injustificadas…

—La tuya será justificada, ya lo verás —informó a la policía, identificándose previamente, para que vinieran a por los tres japoneses capturados. Luego, colgó, añadiendo con una sonrisa—: Vámonos ya de aquí. Yo hablaré personalmente con Caddox. Para entonces, ya estarás tú en tu escondrijo, Sheree.

—¡Oh, Frank, eres maravilloso! —se colgó de su cuello y le besó cálidamente en los labios—. ¿Irás alguna vez por allí para verme, mientras dure esto?

—Iré a verte, palabra —sonrió Cole. Luego, miró, pensativo, a los hombres abatidos—. La policía estará aquí, en breve. Y el sueño de esos japoneses durará lo suficiente para que no puedan escapar. Vamos. Te llevaré, ahora, a tu refugio. Así la policía no tendrá que crearte dificultades. También resolveré eso.

Salieron del apartamento. Frank Cole, pensativo, jugueteaba en su bolsillo con aquella navaja automática, unida a un pintoresco llavero de Orient Love. Se preguntó adonde conduciría esa pista, si es que llevaba a alguna parte...

* * *

Lena Tiger hubiera podido derribar a uno de los hombres. O quizá a los dos, liberando su estómago y sus pechos de la presión dolorosa de aquellos pies. Pero eso hubiese significado que el tercer individuo podía disparar sobre "ella, impunemente.

—¡Malditos seáis todos, ¿qué significa esto? —trató de contemporizar—. Sólo vine a ocupar este apartamento. Soy modelo, trabajo en publicidad, y...

—Es mejor que no sigas con ese cuento —avisó el de la policía, secamente—. Sabemos que eres Lena Tiger y te dedicas a poner tus conocimientos de lucha oriental al servicio de la ley. He oído hablar de ti y de tus amigos.

Lena se sorprendió. No eran muchas las personas que sabían de esa doble actividad de ellos, como simples *budokas* y como componentes de Los Tres Dragones de Oro. Aquella gente sabía muchas cosas que no hubiera debido saber, para ser simples pistoleros o maleantes a sueldo. En su modo de hablar el inglés, notó un acento raro, oriental. Tal vez fuesen japoneses, pensó, mientras daba vueltas en su cerebro a cualquier posibilidad razonable de librarse de aquella gentuza peligrosa y, quizá, asesina.

—¿Qué pretendéis hacer conmigo, ahora? —jadeó—. ¿Asesinarme?

—No —rió el encapuchado de la pistola—. Vamos a drogarte con un nuevo y maravilloso alucinógeno que jamás habrás conocido... Una flor sublime de la que el mundo nada sabe aún y que...

—¡Calla! —cortó uno de los tipos que la oprimían bajo su calzado, con igual tono extranjero, levemente exótico, en su acento—. Hablas demasiado, ahora. No menciones la flor.

—Está bien —rezongó el otro—. ¿Qué puede importar eso? Ella nunca podrá hablar de eso a nadie...

Lena lo sabía. No iba a volver con vida, jamás. Sería otra Roana

Darwin, tal vez. Tenía que hacer algo, por desesperado que fuese. Cualquier cosa menos Ilegal más lejos en aquel trance.

Uno de sus captores estaba haciendo algo. Miró, más allá del enorme zapato que presionaba sus enhiestos pechos morenos. Vio las manos enguantadas, preparando una jeringuilla hipodérmica y una aguja. Un líquido azulado bailaba en la primera, y soltó una gota, al presionar el tipo en el émbolo, por el extremo de la aguja Luego, se inclinó hacia ella.

Iban a clavarle la aguja en el cuello. La luz del corredor centelleó sobre el fino acero punzante...

Entonces, Lena se lo jugó todo a una carta.

Y casi simultáneamente, cuando ella entró en acción, el tipo de la pistola apretó el gatillo, apuntando a la cabeza de la hermosa mulata...

Aquel momento hubiera sido el último para Lena Tiger.

Lo hubiera sido, de no mediar el milagro, en forma de una aparición vertiginosa, de un auténtico torbellino amarillo, que, de repente, hizo irrupción en el corredor de la casa, como llovido del mismo cielo, más allá del lecho y de los muros del edificio.

Ese ciclón aceitunado, era Kwan Shang.

—¡Animo, Lena, aquí estoy! —sonó la voz potente del chino. Y tras una aspiración de oxígeno, de su cuerpo, de su boca, de algún recóndito lugar de su ser, brotó el grito implacable, la expresión de su poder concentrado—: *¡Kiai!*

Y cuando disparaba su pistola con un ahogado *plop* el encapuchado criminal, caía sobre él Kwan, en un salto increíble, su pierna por delante, las manos por delante, en forma *Tao-Shou*, o *cuchillo*. La punta rígida de sus dedos, golpeó el brazo armado, y lo desvió, mientras el talón de su pie martilleaba secamente el mentón del enmascarado, que se tambaleó, desviándose la bala, para ir a hincarse en el muro.

Luego, el encapuchado bloqueó con agilidad otra patada rápida de Kwan, demostrando que no era un profano en los conocimientos del *kung-fu* que utilizaba el joven chino en su modo de combatir. Y le disparó a su enemigo, simultáneamente, un rápido impacto de puño, que a su vez eludió Kwan con agilidad simiesca, saltando hábilmente en el aire.

Mientras tanto, Lena ponía en práctica sus artes de experta en aikido, haciendo una doble presa en ambos tobillos enemigos, y logrando apartarlos violentamente, casi derribándoles, y liberándose ella con un elástico brinco, pareciendo muelles de flexible acero sus piernas.

Rápidamente, los dos se precipitaron sobre ella, adelantando sus manos en forma de hacha, para martillearla con impactos de karate.

Ninguno era un inexperto ni un novato en tales lides, aunque su condición y su modo de usar las Artes Marciales al servicio del crimen, denotaba que no eran *budokas*, sino simples delincuentes expertos en lucha oriental.

La mulata de goma eludió aquellos golpes con agilidad de pantera, practicando simultáneamente un *Ik-kyo*, o inmovilización del brazo adversario, y un *Hiji-Dori*, o presa del codo adversario, con lo que paralizó a ambos enemigos a la vez, para después, con velocidad de vértigo, pasar a dos tremebundos *shomen-tsuki*, o. golpes violentos con el puño en el rostro contrario.

Oscilaron ellos, al borde de la inconsciencia, manoteando estérilmente en el aire. Emitiendo el ronco y poderoso *«¡Kiai!»*, Lena Tiger remachó implacablemente su victoria sobre el enemigo, superior en número y fuerza física.

Fueron dos *shomen uchi* (golpe sobre la cabeza, de arriba abajo), que les hizo ir dando tumbos hasta el muro. Pero no les abatió definitivamente, ante la sorpresa de Lena. Entonces, ésta observó que sus manos, pese a su práctica en tales lides le dolían fuertemente. A pesar de ello, saltó sobre los duros enemigos una vez más. Y ahora les descargó dos golpes secos rotundos, en el hígado. Cayeron inconscientes, ambos, totalmente vencidos.

Lena Tiger se volvió, jadeando, hacia Kwan Shang. Este remachaba ahora mismo, con un golpe de los dedos de su mano zurda en los ojos, a través de la capucha, usando su mano en forma de garra de águila, y cuando se había cegado el dueño de la pistola, perdida ya ésta, terminó Kwan con él utilizando un seco golpe con su mano derecha en forma de puño de leopardo, derribando, en seco, al contrario.

Todo había terminado en el corredor. Kwan cambió una mirada con Lena. Y luego, sonrió su hermético rostro aceitunado, al comentar:

—¿Sorprendida de mi presencia aquí? Te seguí, Lena. No me fiaba de lo que podía sucederte aquí. Y veo que acerté… —su sonrisa se borró lentamente, mientras miraba los tres cuerpos inertes, y la joven mulata oprimía su mano con calor, mirándole afectuosamente —. Bien, ahora veamos a esos malditos encapuchados que querían liquidarte…

—Me hubieran liquidado, pero, sólo cuando resistí —le explicó Lena, mientras Kwan iba a desenmascarar a los rufianes—. Lo cierto es que pensaban inyectarme eso…

Señalaba algo caído en el suelo. Se había roto la jeringuilla, al caer. Un líquido azulino, escarchado, brillaba en el suelo de moqueta. Kwan lo miró y, con rapidez, se inclinó, extrayendo un sobre de plástico, donde introdujo, con ayuda de su bolígrafo, los trozos de vidrio y algunas gotas del líquido disperso, así como la aguja

hipodérmica.

—Vamos a analizarlo en nuestro laboratorio —dijo, escuetamente, el joven oriental—. ¿Tienes alguna idea sobre su naturaleza?

—Un narcótico, sin duda —suspiró Lena—. Dijeron que era un alucinógeno. Extraído de una flor desconocida. Eso irritó a uno de ellos, cuando lo mencionó. Le llamó *flor sublime*, y añadió que nadie lo conocía. También su producto alucinógeno era totalmente nuevo, si hemos de creer sus palabras...

—Curioso —comentó Kwan, ceñudo—. Ya veremos al analizarlo, Lena. Ahora, me gustaría ver la cara de esos tipos...

—No sé cómo la tendrán —dijo Lena, pensativa, mientras Kwan aferraba la caperuza de uno de ellos, para arrancarla—. Pero hablaban con leve acento oriental. Tal vez sean japoneses, no sé. O chinos. Lo que sí es cierto, es que tienen la cabeza muy dura. No reaccionaron a mis golpes. Hubiese jurado que tienen el cráneo de acero...

—¿Qué? —repentinamente pálido, bajo su epidermis olivácea, Kwan se volvió a ella, con ojos dilatados, como si, de repente, se enfrentase a un hecho insólito e incomprensible que no había esperado se produjese precisamente ahora—. ¿Qué has dicho, Lena?

—Es lo cierto. Mis golpes en su cabeza resultaron inútiles... y dañaron mis manos. Eso significa que, sin duda, tienen la cabeza más dura que jamás conocí...

Sin decir nada, pero con mano levemente temblorosa, Kwan arrancó una de las caperuzas de lana. Apareció un rostro oriental, inexpresivo. Pero eso no era todo. Kwan le despojó en el acto de su cabello negro, lustroso... que resultó ser totalmente falso. Simplemente una peluca muy perfecta y bien elaborada.

Lena lanzó un grito ronco.

—¡Kwan! —gimió—: Esos hombres... ¡Esos hombres llevan... *cráneos de metal* bajo ese pelo falso!

—Sí —dijo, sordamente, el joven chino—. Son compatriotas míos. Lo temía, cuando dijiste eso... Ellos..., ellos son gente venida de muy lejos. Me buscan a mí. Sólo a mí. No entiendo por qué te atacaron, Lena. Soy yo su objetivo, su víctima... Son..., son servidores de Aquel A Quien Nadie Puede Ver... Vinieron del interior de China. Y su misión es asesinarme... Todos ellos llevan ese casquete de acero cubriendo sus cráneos. Debajo de ellos, no hay sólo un cerebro dócil. Hay algo más, Lena. Son..., son como máquinas de matar. Autómatas operados por un cirujano fabuloso. En sus mentes, sólo existe una influencia, una orden suprema que obedecen a ciegas: matar. Y, por supuesto, obedecer a su amo. A... a Aquel A Quien Nadie Puede Ver. Son..., son *ellos*, Lena.

—¿*Ellos*? —repitió la joven mulata, con estupor.

—Sí… —gimió Kwan—. No es fácil entenderlo. No sé por qué te atacaron ni por qué están en San Francisco y se metieron en esto, pero… yo soy su presa, el motivo de su presencia en los Estados Unidos. *Ellos* tienen la orden de asesinar a Kwan Shang. A mí. Y parece que están más cerca de cuanto pude imaginar[4].

—Kwan… —Lena se daba cuenta, súbitamente, de la tensión interna de su camarada. Algo que en él no era; frecuente ni normal estaba sucediendo. Por vez primera, le veía sentir miedo, inquietud, terror a algo desconocido, superior al dominio de sí mismo que siempre tuvo—. Kwan, ¿qué sucede? ¿Por qué te persiguen?

—Hice lo peor que podía hacer —jadeó Kwan—. Desobedecí órdenes prohibidas. Me rebelé contra mi propio padre, y contra la secta secreta que él regía, donde aprendí Artes Marciales. Muerto él, sus sucesores me siguen. Y, sobre todo, el amo supremo de esa secta, que estuvo siempre muy por encima de mi padre, y de quien ninguno supimos nunca nada, hasta ignorar si era hombre o divinidad.

—¿Aquel A Quien Nadie Puede Ver? —sugirió Lena

—Sí. Eso es —Kwan miró con amargura a la joven—. Y si no estoy equivocado en ello…, esos hombres, estos tres chinos que están ahí inconscientes… habrán muerto, en menos de unos pocos segundos.

Lena no supo qué decir. Esperó esos segundos, sin decidirse siquiera a llamar a la policía. Luego, se inclinó sobre uno de los caídos. Y, posteriormente, sobre los otros dos.

Al incorporarse, su tez canela oscuro, casi era cenicienta. Los ojos centelleantes se nublaron con un velo de horror.

—Tienes razón, Kwan —musitó—. Los tres… *los tres están muertos*.

Capítulo V

AQUEL A QUIEN NADIE PUEDE VER

—Muertos…

—Sí, Frank. Ya lo has comprobado. Muertos los tres.

—¿Cómo murieron, Kwan?

—La autopsia se lo dirá al teniente Dobkin. Pero puedo anticiparte los detalles. En sus cerebros operados, existe un circuito especial. Si son abatidos y pierden el conocimiento por más de diez segundos, ese circuito actúa, desconectando la célula injertada por el cirujano, del resto de la masa encefálica. Y el hombre muere.

—Me recuerda los métodos de Fu-Manchú —sonrió gravemente Cole—. Los *dacois*…

—Son *dacois*, realmente. Autómatas al servicio de unas órdenes grabadas mentalmente. Una cápsula de veneno revienta en su célula artificial, y daña ese cerebro, fatalmente, en escasos instantes. Es su método. Llevan casco metálico bajo sus pelucas. Por eso imaginé lo que sucedía. Pero demasiado tarde para evitarlo, si es que pudiera haberse evitado. Que lo dudo, Frank…

—Muy bien. De modo que ellos llegaron a San Francisco tras de ti…

—Parece obvio, ¿no? —sonrió amargamente Kwan.

—Un momento. No te atacaron a ti, sino a Lena. No buscaban a un joven chino huido del interior del continente, tras faltar a un juramento ante poderes ocultos, sino las pruebas que Lena pudo hallar en un apartamento sobre unas modelos de publicidad, muerta una y desaparecida otra. ¿Dónde encuentras la conexión entre ambas cosas?

—Eso… lo confieso —jadeó Kwan—. No lo sé. No puedo entenderlo…

—Yo me enfrenté a otros criminales. Pero eran japoneses y no tenían cascos de metal en sus cráneos. Tus rivales eran chinos. Y eran de Aquel A Quien Nadie Puede Ver… —Frank Cole sacudió la cabeza, perplejo—: Chinos, japoneses… Orientales, sí. Pero enemigos tradicionales. ¿Qué puede unir, en una causa común, a semejantes fuerzas?

—Tal vez… la flor misteriosa —sugirió de pronto Lena.

—¿Qué? —Cole se volvió vivamente hacia ella—. ¿Qué es lo que dijiste, Lena?

—Hablé de… de esa flor. Puede ser el motivo de todo.

—¿Qué clase de flor?

—No lo sé. Parece que nadie en Occidente la conoce. Los chinos la conocían. Era posible fuente de un alucinógeno...

—Drogas, por un lado. Por otro, Suzuki y Roana. Y por un tercero, Kwan y sus enemigos mortales del interior de China —suspiró Cole, moviendo la cabeza—. Demasiadas cosas, Lena. No tienen sentido; por ahora.

—Tal vez por ahora no —murmuró ella—. Pero es una posibilidad...

Cole y Kwan se miraron en silencio. No dijeron nada. Pero quizá pensaban lo mismo. No tenían muchas cosas en qué basarse. Dos llaveros iguales, ambos de Orient Love. Una llave con el número siete. Tres japoneses. Tres chinos muertos, con cráneo de metal y una intervención quirúrgica en su cerebro.

Y la mención de una flor misteriosa.

Sí. Era, quizá, una posibilidad. La única, por el momento.

* * *

Lu Kiang era bellísima. La muchacha china más bella que jamás viera Taro Yondo en su vida. Casi se sintió reconciliado con los chinos todos, ancestrales enemigos de su país. Algo que un hombre con espíritu de *samurái,* jamás podía olvidar fácilmente...

—Hermosa —admitió—. Es muy bella, Osako.

Su joven amigo sonrió complacido, aplaudiendo suavemente, junto con él, cuando la seductora joven saludó al público del local, desapareciendo entre cortinas de seda, salpicadas de dragones tradicionales, y flecos de plata, que los focos de la sala hacían centellear vivamente.

—Me alegra que te guste Lu Kiang *La Hija del Celeste Imperio, como la llaman en Chinatown —comentó, radiante—. Los tiempos* cambiaron en el mundo, Taro. Entre ellos y nosotros no existen ya, muchas diferencias. China y Japón son Oriente. Es algo que nos han enseñado duramente los occidentales. Pero tampoco tenemos nada contra Occidente. El mundo debe vivir en paz. Es el sueño de todos, orientales u occidentales. ¿El tuyo no?

—Mi padre luchó en la Guerra Mundial. Mi abuelo era un devoto de las doctrinas militaristas. Mi familia tuvo antepasados *samuráis* —dijo fríamente Taro—. Esas cosas se llevan en la sangre, Osako.

—Te aconsejo que las olvides —rió Osako Karuki, de buen grado —. Mi padre, el gran Shinto Karaki, hombre de empresa, piensa como un ejecutivo, no como un guerrero. Y así nos va mejor a todos.

—¿Y si os sucediera algo que necesitara, de justicia y de venganza, respecto al honor familiar? —preguntó secamente Taro.

—No sé... —Osako se rascó su aceitoso cabello—. Me pones £n

un compromiso, la verdad... Somos japoneses como tú, pero quizá este país y sus costumbres cambiaron nuestra mentalidad. Hay cosas que no entendemos ya demasiado bien.

—Eso no debería suceder —Je reprochó duramente Taro—. La sangre nunca cambia.

—No es cuestión de sangre, sino de ideas, de reacciones psíquicas —sonrió Osako, condescendiente con su compatriota—, Recuerda algo, Taro. Los *samuráis* desaparecieron hace ya siglos. El último resto de fanatismo de nuestra raza, murió con los *kamikazes* y con el totalitarismo derrotado en la última guerra. Ahora somos distintos. Debemos serlo, Taro. Son otros tiempos.

—El ser humano es siempre el mismo —sostuvo obstinadamente. Taro—. Honor, justicia y dignidad, son factores inalterables.

—Tal vez —aceptó Osako, encogiéndose de hombres. Luego, miró a un punto de la sala y empezó a incorporarse, mientras cambiaba de tono para advertir a su amigo—: Pero ahora dejemos eso, Taro. Viene Lu Kiang a nuestra mesa. Ha grabado algunas canciones para nuestro departamento de grabaciones musicales, publicitarias. Una gran empresa como la que dirige mi padre, necesita de muchas colaboraciones especiales...

—¿Esa mujer china en nuestra mesa? —se sorprendió Taro, con cierta acritud.

—Es mujer, amigo mío. Y muy bella, tú mismo lo dijiste —rió Osako—. Espero que no seas incorrecto o descortés con ella. Incluso también necesita su reposo, no lo olvides...

Taro se mordió el labio inferior, sin decir nada. Miró pensativo a la escultural y menuda figura que, armoniosamente, enfundada en la plata de su vestido centelleante, movía sinuosamente sus formas, aproximándose a la mesa de ambos japoneses.

Lu Kiang, de cerca, era más hermosa aún que a distancia. Las luces de la sala hacían resaltar, con tonos entre nacarados y aceitunados, su terso descote, el inicio sugerente de sus pechos erguidos, pequeños y firmes como suaves limones.

—Señor Kuraki —saludó ceremoniosamente a Osako, con una graciosa inclinación—. Es un placer que me haya invitado a su mesa. Y un alto honor, también...

—Mi querida señorita Kiang, el honor es nuestro. De mi amigo Taro y mío... Taro, ella es Lu Kiang, una cantante y danzarina con gran futuro en este país. Un hermoso fruto de la China moderna, con reminiscencias de grandeza tradicional... Lu Kiang, éste es mi mejor y más viejo amigo, Taro Yondo, camarada de colegio en Tokio...

—Señor Yondo, me alegra conocerle —miró a Taro con sus hermosos, profundos, rasgados ojos de almendra. Una oriental siempre reconocía los rasgos de otro oriental. No necesitaba explicaciones para

saber que estaba ante un japonés. Pero, evidentemente, no había en su gesto rencor alguno hacia el enemigo secular. Como dijera Osako, las cosas cambiaban con el tiempo, dijera Taro lo que dijese.

Se sentó con ellos. Sus movimientos tenían una armonía especial, una gracia elástica y felina, no exenta de elegancia casi alada. Taro lo notó. Lo que dijo inmediatamente su amigo Osako, le explicó eso en parte:

—Aquí donde la ves, amigo mío, Lu Kiang es más que una vulgar *estrella* de club nocturno o una cantante de discos. Su *hobby* secreto es el *Tae-Kwon-Do*. Es una experta practicante de Artes Marciales.

—¿Usted... luchadora? —parpadeó Taro, sorprendido, mirando a la joven china—. Parece imposible...

—No lo es. Las Artes Marciales se han puesto de moda en todo el mundo. ¿Qué cosa más natural que una mujer nacida en China practique tales Artes, también?

—La felicito. Nadie imaginaría, al verla tan delicada y sutil, que pudiese derribar fácilmente a cualquier hombre —dijo Taro, admirado.

—No a cualquiera —sonrió ella, moviendo suavemente su cabeza de lacados cabellos, salpicados de agujas de vivos colores—. Hay hombres notables en esas Artes. Un compatriota mío es el mejor luchador de *Kung- Fu* que jamás vi. Me lo presentaron recientemente en un *dojo* de esta ciudad... Kwan Shang es el más formidable luchador que existe en el país en su especialidad, estoy segura.

Repentinamente, Taro se había puesto rígido. Sus almendrados ojos pestañearon rápidamente. Le costó permanecer inmutable, pese a la impenetrabilidad habitual de su rostro oriental. Cuando repitió el nombre, nadie notó las emociones que ocultaba:

—¿Kwan Shang? ¿Quién es él?

—Un joven chino —dijo Lu Kiang—. Un prodigio como luchador... He visto una exhibición suya frente a cuatro adversarios, en el *dojo*. Algo memorable, créame. Frente a un hombre así, mis pobres técnicas no darían el menor resultado.

—Me gustaría ver a un hombre así, la verdad —confesó Taro, serenamente—. A mí también me gustan las Artes Marciales. Especialmente, el *Nin-Ja*.

—¿*Nin-Ja*? —Osako le miró, perplejo—. Eso no es, exactamente, un Arte Marcial, como los entendemos ahora. Eran técnicas de guerreros de otros tiempos. Los luchadores invisibles del Japón... Ropas negras en la noche, sigilo, estoicismo ante el más vivo dolor, adherencias para escalar muros y hasta techos, medios de flotar en el agua sin hacer ruido... Y una ferocidad implacable. Su misión era siempre matar, Taro.

—Matar, sí —asintió fríamente Taro, sus ojos brillando extrañamente—. Entonces era un Arte Marcial. Un conocimiento para la guerra. Un entrenamiento especial. Y un espíritu de hierro para arriesgar la vida o para ser mutilado sin exhalar un solo gemido de dolor. Eran guerreros invencibles. Más que *samuráis*, incluso.

—Matar no entra en el código de los luchadores, señor Yondo —dijo, suavemente, Lu Kiang mirándole fijamente—. El Arte Marcial se practica entre enemigos caballerosos, que se respetan y se admiran mutuamente. Es un camino de grandeza espiritual y física.

—A veces, matar es seguir viviendo —dijo Taro—. Y vengar las injusticias, limpiar el deshonor. El guerrero lucha para evitar morir. No tiene otro medio que matar.

—Señor Yondo, habla usted como un verdadero *samurái* —dijo suavemente Lu Kiang, mirándole fijamente—. Creí que en su país ya no existían...

—Y no existen —respondió Osako, conciliador, tratando de aliviar la escena con una carcajada—. Lo que ocurre es que mi amigo Taro tiene ciertas ideas muy especiales. Su familia tiene un antiguo origen noble. Tuvo antepasados que lucharon como *samuráis*. Dicen que siempre queda algo en la sangre, en los descendientes.

—¡Dejemos eso! —cortó Taro, vivamente—. Me gustaría ver a ese luchador fabuloso, a ése..., ¿cómo dijo usted que se llamaba?

—Kwan Shang —la joven china asintió—. He averiguado que forma parte de un grupo de luchadores que se dedican a actuar como justicieros y defensores del débil... Se les conoce como Los Tres Dragones de Oro. Tienen una residencia en Telegraph Hill, pero es como una fortaleza imposible de franquear, a menos que se vaya allí a pedir ayuda a esos hombres... Kwan Shang actúa a veces en un *dojo* público, pero me dijeron que no es frecuente. Si quiere verlo pronto, inténtelo en su residencia. Es lo más rápido. Suponiendo que quieran recibirle, claro está...

—Sí —afirmó Taro, crispando sus manos bajo la mesa del club nocturno donde se hallaban reunidos—. Lo intentaré, seguro... Lo intentaré mañana mismo, señorita Kiang.

* * *

—Señor Cole, ¿he entendido bien? ¿Es usted quien se ha hecho cargo de mi modelo favorita? ¿Usted ha tenido la audacia de secuestrar a Sheree King?

—Señor Caddox, nadie ha secuestrado a Sheree King —manifestó fríamente Cole, contemplando al hombre alto, canoso, de facciones duras y ojos inquisitivos, que se enfrentaba Colérico a él—. Ella está, por su voluntad, en determinado lugar, apartada momentáneamente de su trabajo y de su ambiente habitual. Es

decisión suya. Y mía.

—¡Suya! ¿Con qué derecho, señor? ¡Ella tiene un contrato, unas obligaciones! ¡Puedo demandarla, puedo denunciarles a ambos a la policía! Y es lo que pienso hacer, señor Cole.

—¿Incluso indemnizándole adecuadamente, ahora?

—¡No quiero indemnizaciones! ¡Quiero a mi modelo! ¡La necesito para unos trabajos urgentes!

—Tiene otras modelos, señor Caddox. ¿Por qué no utiliza cualquiera de ellas?

—¡Porque Sheree King es la que mis clientes exigen! Si pierdo ese contrato, serán muchos los perjuicios económicos. Señor Cole, exijo el inmediato regreso de Sheree King al trabajo. Sin más rodeos, ¿entendido? O haré la demanda judicial correspondiente.

—¿En cuánto cifra usted sus posibles pérdidas en este asunto?

—Eso no le incumbe, pero le aseguro que serían superiores a los veinte mil dólares.

—Le abonaré veinticinco mil, en concepto de indemnización.

—¡No, y mil veces no! —rugió Sam Caddox. el director-propietario de la entidad publicitaria—. ¡Exijo que ella regrese! ¡Sólo eso! No toleraré otra clase de arreglo.

—¿Qué le ocurre exactamente, señor Caddox? —preguntó, con tensa suavidad, Cole, mirándole fijamente—. ¿Es que tanto le preocupa ignorar el paradero actual de su modelo? ¿Es por su negocio por lo que se inquieta... o porque desea saber dónde encontrar a ese hermoso monumento de mujer... con otros fines que no tienen nada que ver con la publicidad?

—¿Qué está insinuando? —se irritó Caddox—. ¿Por qué dice eso?

—Porque Sheree King corre peligro de muerte, señor Caddox —explicó fríamente, Cole—. Hay quien la asesinaría gustosamente, estoy seguro. ¿Es eso lo que usted quiere? ¿Tiene algún interés especial en que ella muera?

—¡Señor Cole! —exclamó Caddox—. ¿Qué tontería es ésa? ¿Me pretende acusar de algo?

—Todavía no, señor Caddox. Pero no insista, en tal caso. Le dejaré un cheque por esos veinticinco mil dólares, en concepto de indemnización por la retirada temporal de su modelo de toda actividad profesional. Está a tiempo de ir a denunciar los hechos, si lo prefiere. Pero de ningún modo encontrará a Sheree King... antes de que los dirigentes ocultos de la Orient Love Agency, de modelos para cine y fotografías pornográficas, sean descubiertos y encarcelados.

—¿Encarcelados? —parpadeó Caddox, asombrado—. Nadie puede ser encarcelado por simple edición de material *porno*, señor Cole, y usted debería saberlo...

—Por eso solo, no. Pero por secuestro, asesinato... y uso de alucinógenos salidos de una flor desconocida y maravillosa, sí, señor Caddox. ¿Le preocupa acaso eso?

—¡Váyase al diablo! —jadeó el publicista, muy pálido—. Yo no tengo nada que ver con todo eso. Ni siquiera con Orient Love.

—Mejor, señor Caddox. Mucho mejor —sonrió Cole—. Pero corren rumores de que alguien mezclado en la publicidad, es uno de los altos dirigentes de esa empresa... Me alegraré, por usted, de que no figure su nombre en el *staff* de Orient Love, señor Caddox.

Y salió tranquilamente del estudio de filmación publicitaria de la empresa Publicidad y Reclamos Caddox Californiana. Tras él, quedó un Sam Caddox ceñudo, pálido y ensombrecido por alguna honda preocupación interior.

Un momento después, Frank Cole hablaba por teléfono, desde una cabina pública situada junto al edificio de la entidad publicitaria, con un número telefónico que no figuraba en ninguna guía de San Francisco.

—¿Todo bien ahí, Sheree? —preguntó, suavemente.

—¡Frank! —se oyó la voz de la rubia modelo, al otro extremo del hilo, sin que pudiera dominar su ansiedad—. ¡Oh, Frank querido, qué placer y qué alivio escuchar tu voz...! Sí, todo marcha bien aquí. No hay problemas, de momento.

—Ni los habrá. Nadie conoce el lugar. No te muevas de ahí, y nada habrá que temer.

—El criado que tengo aquí se porta muy bien conmigo —dijo ella—. ¿Es empleado tuyo?

—Por supuesto —sonrió Cole—. Un oriental muy hábil e inteligente, Sheree. Confía en él ciegamente. No está solo, además. Otras personas cuidan de vosotros, fuera de esa casa.

—Piensas en todo, Frank. Es maravilloso sentirse tan segura...

—Caddox está furioso. ¿Crees que pueda tener algo que ver con Orient Love?

—No creo. Es un tirano, y, a veces, algo libidinoso, pero dudo que esté metido en negocios sucios, Frank. ¿Sospechas de él?

—Alguien importante ha de estar metido en el asunto de la pornografía y de las modelos que necesitan para ello. Cuando lleguemos a ellos, habremos encontrado, quizá, las cabezas rectoras de un secuestro y de un asesinato, cuando menos. Además, hay una droga misteriosa por medio.

—¿Una droga?

—Sí —asintió Cole—. Parece que existe una flor desconocida de la que extraen un alucinógeno especial. Tiene alguna relación con Orient Love, no sé cuál...

—Frank, es un asunto que se complica cada vez más, ¿no es

cierto?

—Muy cierto, Pero tú no te preocupes. Te llamaré cuando sepa algo. Felices vacaciones, Sheree —y colgó, sonriente.

Salió de la cabina telefónica. Cruzó la acera hacia su coche. Repentinamente, la furgoneta se le vino encima.

Era un coche comercial, aparcado allí cerca. Le hubiera arrollado, de no tener Cole unos reflejos fulminantes. Se arrojó de lado, en una zambullida rápida, y la furgoneta penetró en la acera, chirriando sus neumáticos allí donde poco antes se hallaba Frank.

Este se incorporó con rapidez, tras salvar la embestida del vehículo. Justamente cuando las puertas posteriores de la furgoneta se abrían, y asomaban en ella dos hombres con pasamontañas cubriendo sus cabezas, y enarbolando unas metralletas con las que apuntaron al cuerpo indefenso de Frank Cole.

Esta vez, no había posibilidad alguna de salvar la doble ráfaga mortal.

Capítulo VI
LA FLOR DESCONOCIDA

Kwan Shang salió del edificio, encaminándose con paso elástico a su automóvil, situado en el garaje de la residencia. Poco después, descendía por el sendero de grava, hasta la puerta del amplio jardín de Telegraph Hill. La entrada se abrió automáticamente, mediante la instalación de circuitos electrónicos, y el vehículo salió a la empinada calle, por la que descendió hacia el centro de la ciudad sin acelerar en exceso.

Pese a ello, inesperadamente, el peatón salió de un cruce, interponiéndose en su camino. Kwan metió los frenos con rapidez. Estuvo, seguro de no llegar a tocar al peatón, pero a pesar de ello, éste exhaló un grito y rodó por el asfalto, ante su coche, quedando inmovilizado en medio de la calzada.

Kwan maldijo entre dientes, abrió la portezuela y saltó al exterior, resueltamente. Se acercó al caído, tendido boca abajo, para auxiliarle. Circulaba poca gente y menos vehículos en ese momento por la calle en empinada subida, y nadie más se acercó al lugar del suceso.

Volvió al caído. Era un hombre joven, esbelto. Un oriental. Kwan supo que no era un compatriota, sino un japonés, cuyas facciones le resultaron vagamente familiares.

De súbito, el atropellado se incorporó, al tiempo que realizaba una llave vertiginosa de judo. Fue tan imprevisto el ataque, tanta la agilidad del inesperado adversario, que Kwan Shang se vio volteado por los aires, y aterrizó de espaldas en el asfalto, mientras el presunto atropellado, sin la menor huella de lesión o daño, se movía con una celeridad pasmosa, y de entre sus ropas extraía un objeto temible, que enarboló, con mano vigorosa, y luego dirigió contra su cuello, con la idea clara de degollarle allí mismo.

El tibio sol matinal centelleó en la curvada, larga hoja de acero del sable samurái. Su poseedor gritó, cuando iba a degollar a Kwan Shang:

—¡Muere, asesino! ¡Así haré justicia a la muerte de mi hermana Suzuki! ¡Tú la mataste, estoy seguro de ello!

El filo de acero, silbó, hendiendo el aire, en dirección al cuello de Kwan Shang.

* * *

Por unos momentos, la muerte pareció una amenaza inexorable para Frank Cole.

La distancia que le separaba de la furgoneta asesina era demasiado grande para soñar siquiera en hacer algo eficaz que abatiera a sus enemigos. Y Frank nunca llevaba encima otras armas que su propio cuerpo. Ningún *budoka* usaba jamás otra clase de armas que no fuesen sus brazos y piernas. A aquella distancia, sus miembros resultaban perfectamente inútiles.

Sin embargo, frente a la amenaza mortal de las dos. metralletas enfiladas hacia él, Frank Cole puso en acción la única clase de armas que un *budoka* podía utilizar, sin por ello faltar a las reglas de honor de su dedicación. Un arma que pocas personas en el mundo utilizaban con tanta habilidad como los Tres Dragones de Oro. Su último y desesperado recurso de supervivencia, en casos de riesgo supremo.

Su mano se movió a velocidad de vértigo. Disponía sólo de décimas de segundo, y las supo utilizar diestramente. Cuando su mano reapareció de entre las ropas, fue para lanzar algo sobre los hombres de las metralletas.

Algo centelleante, que silbó en el aire, girando como peonzas de acero, dirigiéndose a velocidad fantástica contra los pistoleros.

Eran *tetsu bishu*.

Es decir, formas estrelladas, punzantes, de acero, que partían de las manos de Cole, disparadas como centellas. Un arma legendaria, propia de los fabulosos *nin-ja* o guerreros suicidas del antiguo Japón. También los luchadores chinos de *kung-fu* usaban una variedad de tal arma, consistente en discos de acero, dentados.

No acostumbraban a ser armas mortales, pero sí dolorosas e incisivas, cuando eran lanzadas adecuadamente contra el enemigo. Las agudas aristas o puntas de las estrellas metálicas, afiladísimas, se hincaron en el rostro de ambos pistoleros, profundamente. Un doble grito de dolor y angustia brotó de sus bocas, y uno soltó el arma, llevándose las manos al ojo perforado, del que fluía sangre y un humor viscoso. Se revolcó dolorido, aullando, mientras su compinche disparaba una ráfaga sin orden ni concierto, cuyas balas tabletearon, dibujando una estría peligrosa en el asfalto.

Frank Cole se precipitó sobre éste último y, con tres elásticos saltos, alcanzó la furgoneta, evitando que el hombre, con su estrella de hierro clavada fuertemente en el pómulo, que sangraba abundantemente, pudiera disparar otra ráfaga amenazadora. Le volteó con una llave de karate, desarmándole con un preciso golpe *Mae-Geri-Jodan*, del pie derecho. Luego, su puño derecho golpeó en *Uraken-Shomen* en la sien del individuo, derribándole como un simple fardo.

La lucha había terminado, apenas comenzó. Los pasamontañas estaban empapados en sangre, y el hombre del ojo vaciado seguía

chillando, hasta que Cole le inmovilizó con un seco golpe de canto en su nuca, derribándole inconsciente. No le gustaba ver sufrir inútilmente, ni siquiera a un asesino.

Ya venían dos agentes de policía uniformados, revólver en mano. Cole arrancó las estrellas de metal de los rostros de sus enemigos, arrancó definitivamente los ensangrentados pasamontañas, y comprobó, una vez más, que sus agresores eran orientales. Chinos, en esta ocasión. Bajo sus máscaras, los cabellos salieron fácilmente de la cabeza, revelando los casquetes de acero sobre el cráneo.

No podía hacer nada por ellos. Diez segundos transcurrían rápidos, y en ese brevísimo período de tiempo le era imposible devolverles la consciencia. Su circuito injertado quirúrgicamente, se desconectaría automáticamente, provocando la muerte cerebral de ambos y, por lo tanto, su óbito definitivo y fulminante.

—Gente de Aquel A Quien Nadie Puede Ver… —murmuró para sí, ceñudo—. Y cada vez más cerca… Nos rodean, nos acosan. Ya no sólo se ocupan de Kwan Shang, sino que también de todos nosotros… Su alianza con Orient Love y sus japoneses asesinos, es segura. Pero ¿por qué? ¿Por qué…?

En aquellos instantes, un automóvil se detuvo junto a la acera. Abrióse la portezuela con rapidez. Cole se volvió, en guardia, temiendo otro posible ataque criminal.

Esta vez no era así. Se trataba de Lena Tiger. La hermosa mulata saltó del coche y corrió hacia Frank. No venía sola. La seguía otra mujer, una hermosa china, joven y esbelta, vestida con un traje de seda dorada, muy ceñido a sus formas exquisitas. Sorprendido, Frank Cole oyó las palabras apresuradas de Lena:

—¡Frank, es urgente! ¡Me dijeron que estabas en el edificio Caddox, y he venido lo más rápidamente que he podido!

—¿Qué ocurre, Lena? —demandó Frank, al observar su excitación.

—Esta muchacha… es una famosa *estrella* de la canción. También practica Artes Marciales. Es Lu Kiang, y trabaja en un club nocturno… Ha logrado localizarme y me ha avisado de que Kwan corre peligro. Grave peligro, Frank.

—¿Kwan? ¿Peligro? —enarcó Cole las cejas—. No entiendo…

—Es cuestión de tiempo, señor —terció ahora la chinita—. Anoche conocí a un joven japonés recién llegado a San Francisco. Se llamaba Taro Yondo y mostró vivos deseos de conocer a Kwan Shang… Luego he sabido que pertenece a una familia japonesa de rígidos principios morales y de recia estirpe de *samuráis*… Un amigo suyo, Osako Karuki, y yo, fuimos al hotel a buscarle, pero no estaba. Nos dijeron que se había marchado muy pronto. Un camarero hizo notar que llevaba consigo… un sable *samurái* que, sin duda, se trajo

del Japón… Osako Karuki ha leído que una chica, Suzuki Yondo, fue asesinada hace poco… Y conociendo a Taro, está convencido de que ha venido a vengarse, pensando, quizá, que todo lo que dice la prensa es falso, para proteger a Kwan Shang por ser un ciudadano importante, y que él sedujo y mató después a Suzuki, su hermana. En suma, creemos que ha venido a matar a su amigo, señor Cole… No pude encontrarle a usted ni a Kwan Shang, pero sí a Lena Tiger, y…

—Entiendo —el rostro de Cole se ensombreció—. ¡Vamos, hay que ir a casa! ¡Kwan dijo que saldría hoy a dar unas clases de *kung-fu* en una convención de *budokas* europeos! ¡Es preciso advertirle a tiempo, del peligro que corre! Un hombre que desciende de *samuráis* ha de ser, forzosamente, peligroso. Y más, si se trata de un fanático vengador…

Penetró en el coche, sentándose al volante, e indicando a las dos muchachas que lo hicieran atrás. Luego, arrancó a toda velocidad, tras echar una de sus tarjetas de visita a las manos de uno de los agentes uniformados, gritando con voz potente:

—¡Informen al teniente Dobkin, de Homicidios, que iré a su oficina dentro de pocos minutos, en cuanto termine un asunto urgente, de vida o muerte! ¡El entenderá!

Los agentes, perplejos, se quedaron mirando la tarjeta donde figuraba el nombre, dirección y teléfono oficial de Frank Cole, con un pequeño dragón dorado en un ángulo de la pequeña cartulina. Uno de ellos, rápido, se fue a telefonear a Jefatura, mientras su compañero se ocupaba de los dos hombres heridos, dueños de las metralletas, que yacían ensangrentados al pie de la furgoneta. Ambos estaban ya muertos. El conductor del vehículo no aparecía por parte alguna. Evidentemente, se había dado a la fuga.

* * *

Los asombrados y escasos testigos de la dramática escena, asistían atónitos a la misma, sin dar crédito a sus ojos.

Primero pensaron que podía tratarse de la filmación de una película al Eastern Style, pero la ausencia de cámaras y de otros participantes en el supuesto rodaje, les demostró que se trataba, ni más ni menos, de un insólito duelo a muerte entre dos orientales, en plena calle de San Francisco.

Un duelo entre un chino flexible y elástico como un muelle de acero, y un japonés implacable, provisto de una tremenda espada *samurái* que centelleaba a la luz del sol, lanzando mandobles a diestro y siniestro, en busca del cuerpo escurridizo y agilísimo de su antagonista.

Aún nadie se explicaba cómo aquel chino joven y felino, había podido salir con vida del ataque mortífero de su adversario. Los pocos

testigos habían visto descender la hoja de acero curvada, hacia la garganta del caído. Nadie dio un solo centavo por la vida de la víctima.

Y, sin embargo, un segundo más tarde, el caído estaba en pie, y el japonés retrocedía, agazapado como un tigre al acecho mientras las manos del chino, engarfiadas en el aire, eran igual que curvas tenazas, esperando aferrar al enemigo.

Los profanos ignoraban que aquella técnica de *kung-fu* del chino, utilizaba ahora la *mano de cangrejo*, o *Ch' a Shou*, con la doble intención de golpear y también para coger el cuerpo enemigo por cualquier punto vulnerable, con la misma precisión y fuerza que lo harían unas pinzas de acero.

Por su parte, el japonés Taro, aunque no se mostraba como un practicante de Artes Marciales, sí parecía un guerrero medieval redivivo, un implacable y fanático *samurái*, capaz de revivir la ferocidad de sus antepasados como vía de su venganza.

Lo cierto es que Kwan se había liberado del ataque mortal, disparando sus piernas contra el sable mortífero, que saltó de las manos de su dueño, sin llegar a cortarle la garganta. Por un instante, pareció que el japonés se quedaba indefenso ante el luchador de *kung-fu,* pero no fue así.

Un grito ronco escapó de labios de Taro, que saltó en el aire y, con valor suicida, recuperó el sable, sin importarle tomarlo con sus dedos sobre el filo. La sangre corrió de éstos, hendidos algunos de ellos por la hoja de acero, pero, despreciando el dolor, que ni siquiera se reflejó en su inmutable semblante, cargó de nuevo contra Kwan con un alarido bélico que, como el propio *«¡kiai!»* dé los *budokas*, ponía escalofríos en el rival.

Kwan evitó ese nuevo ataque con un giro veloz, y logró conectar un seco golpe con su mano en forma de *Cabeza de Dragón* o *Yin Ch'uan,* que hizo también tambalear a Taro, forzado a retroceder por el contraataque eficaz del joven chino.

—¡Evidentemente debes de estar loco, japonés, para actuar así! —clamó Kwan, vigilando a su enemigo, a la espera de otro ataque—. Si eres Taro Yondo deberías saber que tu hermana Suzuki fue mi amiga primero, y novia después, y que hubiéramos sido marido y mujer, de no mediar un vil asesino por medio. Un hombre con manos de oro que la asesinó...

—¡Mientes! —rugió Taro, enarbolando su temible arma blanca —. Ella debió ser seducida por ti... Luego la eliminaste, para no tener que unirte a ella dignamente. Ha sucedido con muchas de mi raza, en este maldito país... ¡No me engañáis con vuestras mentiras!

Y con un repentino coraje que no pilló desprevenido a Kwan, el hombre con espíritu de *samurái* se precipitó de nuevo sobre él,

haciendo un molinete escalofriante con su sable. De alcanzarle, la cabeza de Kwan volaría lejos, como una pelota de fútbol, separada del tronco.

El joven chino evitó el filo sibilante, que cortaba el aire endiabladamente, con un elástico salto atrás inicial, y otro lateral luego. En ese momento, logró disparar su mano zurda, y cogió al adversario por la muñeca armada, tras un golpe con el talón de la palma izquierda en el dorso del cerrado puño armado de su adversario. Un golpe preciso y doloroso que afectó a Taro. Kwan tenía la postura *Fut-Ui* o de arco, y remachó aquella Forma de *kung-fu*[5], que ahora remachó, pasando su mano derecha rápidamente por debajo de la axila derecha de su enemigo, resbalando a lo largo de ese brazo, aferrando su muñeca, mientras la izquierda subía a aferrar su codo por debajo. Luego, bajó rápida y violentamente las dos manos hacia la derecha, haciendo que Taro se doblara, inmovilizado, desequilibrándole totalmente.

Entonces recurrió a golpear con el puño izquierdo, en forma de martillo, las vértebras del japonés, en su espina dorsal. Gritó roncamente Taro, su mano se aflojó, tirando el sable, y el dolor le hizo doblarse más, hasta caer de bruces, revolcándose.

Kwan puso un pie sobre su nuca, tomó el sable y lo tiró lejos, anunciando con voz jadeante al vencido:

—Ya acabó la lucha, Taro. Sé que no eres un *budoka*, sino un hombre fanático que asimiló mal las enseñanzas de los *samuráis*. Quisiera convencerte, pero me temo que no sea posible. Soy inocente. Es más: mis camaradas y yo estamos luchando por encontrar a los culpables del asesinato de tu hermana. Otra mujer, amiga de ella, pudo haber muerto también en manos de los mismos criminales. Nuestras propias vidas peligran, por el afán puesto en vengar a Suzuki del único modo digno y limpio: haciendo justicia. Pero dudo que entiendas eso, Taro. La pasión y el error ciegan tu mente y tus ojos…

Taro no dijo nada. Le miraba desde el suelo, vencido, advirtiendo que Kwan no intentaba dañarle más. Por el contrario, retiró de él su pie, indiferente. En ese momento, un coche viró en la esquina cercana, haciendo aullar sus neumáticos sobre el asfalto. Se detuvo en seco, y de él saltaron la chinita a quien conociera Taro la noche antes, la bella Lu Kiang, acompañada de un alto joven de ojos grises y cabello rebelde, y una hermosa y elástica mulata de pelo crespado.

—¡Kwan! —llamó Cole— ¿Todo está bien, aquí?

—Sí, Frank —asintió el chino—. Todo bien, afortunadamente. El *samurái* está vencido…, pero no convencido. Y esto es lo que más me duele.

—Lo importante es que no sucediera lo peor —musitó Lena,

angustiada. Contempló a Taro, pensativa—. ¿Intentó matarte?

—Sí —afirmó Kwan—. Estuvo a punto de lograrlo. Es un auténtico demonio. Difícil de vencer, creedme. Uno de mis peores enemigos, en mucho tiempo.

—Me alegra haberles., ido a buscar —musitó Lu Kiang—. Pero veo que no hacía falta...

—Kwan es muy dueño de valerse por sí solo —sonrió Frank Cole, ayudando a que se incorporase Taro del suelo—. Pero me preocupó el hecho de que este joven japonés fuese tan fanático y violento... Señor Yondo, me gustaría poderle convencer sobre lo sucedido, en realidad, a su hermana Suzuki, pero temo que cuanto diga sea inútil y...

—No se preocupe, señor —dijo inesperadamente Taro, ya en pie, mirando fijamente a Frank Cole— Estoy convencido. Ahora sé que Kwan Shang no mató a mi hermana. Y le pido humildemente perdón por mi tremendo error...

* * *

—¿Resultado, Frank?.

—El que suponíamos. Es una sustancia química, obtenida de la mezcla de algunos alcaloides, con un extracto vegetal aromático. Los alcaloides están perfectamente definidos. La sustancia vegetal, no. Debí proceder de alguna flor. Pero no logro localizar cuál exactamente. He sometido los datos químicos al computador. La respuesta es negativa. No la tenemos registrada. De modo que no pertenece a ninguna planta conocida.

—Una vez, en mi tierra..., oí hablar de algo que nunca se demostró que fuese real —musitó Kwan Shang paseando por la estancia, abstraído.

—¿Qué era ello, Kwan? —se interesó Frank Cole, mirándole fijamente.

—La Flor Prohibida de Gobi.

—La Flor Prohibida de Gobi... —repitió Lena, curiosa—. Suena muy poético, Kwan...

—Pero no era nada poético, Lena —suspiró el joven chino—. Se trataba de algo que investigaban hombres de ciencia al servicio de Aquel A Quien. Nadie Puede Ver... Ellos tenían gente de toda clase, desde asesinos silenciosos hasta científicos expertos. La Flor Prohibida era una planta curiosa... Una pequeña flor negra, parecida a una rosa, de aroma profundo y dulzón, que crecía en los límites del desierto de Gobi. Se la llamaba también Gobi Black. Nunca la vi ni supe nada de ella, pero mucha gente decía haberla olido y haberse sumido, inmediatamente en un sueño profundo. Evidentemente, es una especie desconocida de adormidera. Y por medios químicos sus extractos se

han convertido en un alucinógeno…

—Pudiera ser. —Cole agitó en su mano el vidrio donde reposaban los residuos de la sustancia obtenida de unos fragmentos de jeringuilla hipodérmica—. Este alucinógeno, exactamente. Lo he probado con unos cobayos del laboratorio, amigos míos.

—¿Y…? —trató de saber Taro Yondo, presente, como Lu Kiang, en la escena..

—Y los resultados fueron inquietantes —suspiró entonces Frank —. El cobayo se mostró dócil, obediente a todo; aletargado, pero consciente. Era como si hubiese olvidado su vida anterior, su comportamiento normal. Una especie de autómata al servicio de los demás…Y eso sí: particularmente erótico en su comportamiento. Buscaba furiosamente a su pareja, ya fuese hembra o varón, el cobayo objeto del experimento… En suma, su capacidad sexual se centuplicaba hasta límites inconcebibles…

—¡Un momento! —gritó bruscamente Lena Tiger, incorporándose—. Frank, ¿imaginas eso?

—Imaginar…, ¿qué? —se interesó Cole vivamente.

—Roana Darwin, la modelo desaparecida… Quizá hubo otras anteriormente, chicas de las que no tenemos noticia y que también desaparecieron sin dejar rastro. Todas ellas hermosas, seductoras, de formas llamativas. Lo que alguien como Orient Love desearía para reclutar con vistas a la filmación de escenas porno… Luego, sometidas a esa droga, serían sólo siervas suyas. Y actuarían en las escenas lascivas, con singular acierto. En suma, los intérpretes ideales para una empresa semejante. ¿Cómo dejarlas escapar? Bastaría mantenerlas allí, drogadas, sometidas a ese alucinógeno que las hace dóciles y ardientes a la vez, desligadas de su pasado…

—Es una idea muy atinada, creo —afirmó Kwan—. Explicaría muchas cosas…

—Incluso la muerte de Suzuki —convino Cole, sombrío—. Ella era compañera de Roana. Algo que ella le dijo, la llevó a encontrar una pista de su paradero. Eso sentenció definitivamente su suerte. Ellos enviaron un asesino a sueldo, el famoso hombre de las manos de oro… Sí, Lena. Creo que, en principio, estamos de acuerdo en todo.

Taro Yondo se puso en pie. Caminó hacia Frank, lentamente.

—Si eso es lo que ocurrió realmente…, ¿qué piensan hacer? —preguntó, con voz ronca.

—Taro, sé lo que piensa. Quiere venganza. Nosotros sólo deseamos justicia.

—En el fondo, ¿no es lo mismo?

—Salvando matices, sí —aceptó Cole—, Pero ocurre algo más. Esa gente que dirige en la sombra la empresa Orient Love, se ha asociado con alguien más por razones desconocidas para nosotros. Ese

alguien es una organización político-religiosa del interior de China, regida por un viejo poder, una mente maestra a la que sólo se conoce por el nombre de Aquel A Quien Nadie Puede Ver. Son viejos conocidos de Kwan Shang.

—¿Qué buscan con esa unión? —se interesó Lu Kiang, tímidamente.

—Eso, nadie lo sabe. Pero no es difícil imaginarlo —sonrió Cole duramente—. La secta china busca el fin de Kwan y la destrucción de Los Tres Dragones de Oro. Orient Love busca dinero fácil. Unidas ambas intenciones pueden formar un sólido frente común. Y crear una futura entidad criminal invencible. Los autómatas humanos de Aquel A Quien Nadie Puede Ver, y los rufianes de la organización dedicada al comercio de pornografía, ampliando ésta a un control absoluto sobre sus modelos, reducidas igualmente a autómatas sexuales por medios diferentes a los de la secta china, pero de parecidas consecuencias, en el fondo, crearán una fuerza criminal temible. Una nueva trata de blancas, más terrible que ninguna otra conocida, podría hacer desaparecer cientos de chicas, para luego reducirlas a abyectas figurantes en la filmación obscena de Orient Love, bajo el efecto del alucinógeno capaz de nublar su mente, su memoria, y excitar sus instintos sexuales.

—¿Cómo combatir todo eso? —quiso saber Taro, sombrío.

—No lo sé, amigos —confesó Frank Cole—. Usted, Taro, a quien ha convencido de nuestra sinceridad el hecho de conocer la verdad cuando ya estaba derrotado y no había por qué mentirle, se dará cuenta, como todos, de lo difícil de una solución favorable a la justicia y a la dignidad humana, principios fundamentales en el comportamiento de sus antepasados, los *samuráis*.

—Yo tengo una idea —dijo, bruscamente, Lena.

—¿Tú? —Frank la miró fijamente—. ¿Cuál es?

—Soy hermosa —dijo—. Y atractiva. Físicamente, creo que puedo ser deseable para los expertos de Orient Love, ¿no es cierto?

Y sin recato alguno, pero con sencillez pasmosa, quitando toda posible carga obscena a su acción, Lena Tiger desabotonó su blusa con celeridad, mostrando sus enhiestos pechos broncíneos, sus caderas ampulosas, sobre el ceñido tejano, y volviéndose cómicamente, empinó sus agresivas posaderas de forma ostensible.

Rieron algunos de los presentes. Taro tuvo que admitir en voz alta:

—Es una criatura peligrosa… Les volvería locos a los que tragan esa clase de material *porno*, si apareciese en una filmación obscena.

—Es lo que pensaba —rió Lena de buen humor, cubriéndose de nuevo—. Un truhán de los bajos fondos me dijo un día textualmente: «Con tu carrocería, nena, has equivocado la carrera. En cualquier

trabajo de exhibición, harías ir de cabeza a los machos.» Creo que tenía parte de razón. Pero Lu Kiang también es hermosa, ¿no?

—¿Yo? —se asombró la joven chinita, dilatando sus almendrados ojos.

Y enrojeció bajo su aceitunada epidermis cuando Lena bajó su blusa dorada, dejando ver los encantos de su torso. Luego, tapándolos pudorosa, Lena rió, al añadir:

—Perdona, amiga mía. Pero estos caballeros entenderán, ahora, mi argumento. Voy a cambiar mi aspecto, mi peinado, mis ropas... y mi nombre. Seré una modelo de color. Tú, una nueva modelo de raza oriental. Lograremos que nos contrate Caddox. Y a través de su empresa publicitaria, llegaremos hasta Orient Love, estoy segura.

—Un momento —se inquietó Frank Cole—. ¿Qué pretendes, Lena?

—Muy sencillo: llegar a la guarida del dragón. Es decir, encontrar el sitio donde ahora debe estar Roana Darwin, drogada y convertida en una dócil autómata para escenas infamantes de sexo y de aberración. Será el camino para dar con su raptor... y con el asesino de Suzuki Yondo.

—¿Y qué pinto yo en eso, Lena? —se interesó vivamente Lu Kiang, sorprendida.

—Muy sencillo, querida. Ambas seremos amigas y compañeras. Iremos juntas a esa aventura. Tú llevas ya parte del camino andado, por tu profesión. Yo recorreré mi parte a pasos agigantados, seguro. ¿Qué opinas de ello, Frank?

—Es muy arriesgado —opinó Cole—. Podrían mataros a los dos.

—Hay que correr el riesgo, para llegar a alguna parte, estoy convencido.

—Puedes decidir por ti misma, pero Lu Kiang... —dudó Kwan, ceñudo.

—No, por favor —sonrió, dulcemente, la muchacha china—. Creo que Lena tiene razón. Todos debemos cooperar en esto. Acepto, Lena, Iremos a intentarlo. Por mí, no quedará.

—¡Bravo! —aceptó Lena Tiger, con entusiasmo, brillantes sus oscuros ojos—. ¿Oísteis, amigos? Está decidido. Es cosa de pocos días. Seguro que, en menos de una semana, estamos ya más cerca de Orient Love y su madriguera dedicada al cine *porno*... y al crimen.

Kwan Shang, Cole y Taro se miraron, sin saber qué decir. Las mujeres habían resuelto ya por su cuenta. Sabían que no había nada que decir. Nada que pudiera convencerlas de que iban a jugar con la muerte durante unos días tensos y terribles.

Pero los Dragones de Oro habían hecho de ese juego el motivo de su vida. No podían volverse ahora atrás, porque uno de sus miembros tomara una resolución suicida.

Capítulo VII
LA SECTA DEL DULCE CRIMEN

—Una semana... —recordó Frank Cole, pensativo—. No se equivocó mucho Lena. Hace sólo seis días. Y ya hay esto.

Kwan Shang y Taro miraron lo que Cole sostenía en sus manos. Era un mensaje recién llegado a la residencia de los Dragones de Oro en Telegraph Hill. Un mensaje tan breve como expresivo, remitido en clave, como un simple telegrama de felicitación. Traducido conforme al código establecido, su texto era concreto y claro:

> «Hemos establecido contacto. Estamos en el buen camino. Ignoro si Caddox interviene en el asunto, pero a través de él hemos llegado al intermediario. Pronto nuevas noticias. Lena.»

—Están metidas en un avispero —comentó Taro, ceñudo—. ¿No teme por ellas?

—Ignoro lo que esa chinita será capaz de hacer, llegado el momento —suspiró Cole—. Pero Lena sabe salir bien de sus propios apuros. No se alarme por ellas.

—De modo que Caddox tiene alguna relación con todo eso... —apuntó Kwan, pensativo.

—Tal vez sea sólo una figura de paja. O un socio. O quizá el amo de todo el tinglado —opinó Cole, pensativo—. Sea como fuere, es un medio de llegar al fin del sendero... Espero que Lena lo alcance sin problemas.

—Y nosotros no podemos hacer nada... —se quejó amargamente Kwan.

—No, me temo que no —sonrió Frank, duramente—. Lo que importa es que no le reconozcan como Lena Tiger, sino como la modelo Rita Morales, portorriqueña.

—Frank, hay algo que me preocupa —señaló Kwan, pensativo.

—¿Qué es ello?

—Los miembros de la secta de mi país. Ellos... ¿qué hacen ahora, que no tratan de atacarnos, de aniquilarme a mí, que soy su enemigo mortal, el hombre señalado por ellos para morir?

—Hay cosas que tal vez les importen más ahora con mayor urgencia. Pero estoy seguro de que no te olvidan, Kwan. Eres uno de sus objetivos. Ya sabes que la secta no permite que nadie escape a sus ritos y su obediencia. Tú huiste, renegando de tu padre, que era un

tirano fiel a esa gente. Pusiste tus conocimientos al servicio de una misión noble y digna. No, no pueden olvidarlo. Pero vale más así, amigo mío. Tal vez ahora, de una vez por todas, llegue ese enfrentamiento con Aquel A Quien Nadie Puede Ver… y salgas triunfante. Definitivamente triunfante.

—Aquel A Quien Nadie Puede Ver… —repitió Kwan, estremeciéndose. Cerró sus ojos. Taro le observaba atenta, curiosamente—. Casi no puedo hacerme a la idea de que pueda llegar a enfrentarme a él. Es… es como una leyenda, un mito viviente. Nadie vio jamás su rostro. Pero debe tener años. Muchísimos años. O es inmortal… o se sucede de padres a hijos ese poder supremo que ostenta un ser a quien nadie nunca puede ver cara a cara… Cuyo rostro, cuya personalidad, es un absoluto enigma… y lo fue durante generaciones enteras.

—Son enigmas de tu mundo, Kwan —suspiró Cole—. Demasiado profundos para nosotros, los occidentales. Pero estoy seguro de que ahora, definitivamente, muchas incógnitas pueden quedar despejadas para siempre…

Kwan no supo qué decir. Miró a Taro, el que fuera su enemigo un día. El joven japonés sonrió, intuyendo los graves problemas morales de su nuevo amigo. Y nadie dijo nada.

* * *

Se llamaba Gardiner.

Lena adivinó en seguida que era un nombre falso, un simple código. Recordaba vagamente a alguien en un jardín[6]. Y eso, mentalmente, lo relacionó ella con flores. Con la Flor Prohibida de Gobi, tal vez…

—Sí, chicas —dijo el hombre, mascando chicle, horriblemente vestido, con aire de perdonavidas, estudiando con expresión lúbrica sus formas respectivas—. Vuestras fotografías gustaron a mi patrón. Quiere veros mañana. No os hagáis ilusiones, ¿eh? Será sólo una entrevista rutinaria, acaso una prueba… y nada más. Pero puede ser el principio de una gran carrera. Nuestras modelos cobran hasta mil dólares diarios.

—¡Mil diarios! —silbó Lena con ordinariez, sacudiendo sus pechos, ostensiblemente—. ¡Eh, muchacho, eso es algo grande! Por ese dinero soy capaz de todo…

—Bueno, si esto resulta, te pedirán trabajo a cambio. Y, por supuesto, no se limitará a exhibir tu cuerpo ante una cámara. Eso lo hacen todas —rió Gardiner, agudamente—. ¿Me entiendes, preciosa?

—Desde luego —se pegó al tal Gardiner y le hizo sentir la rigidez dura y maciza de sus senos—. ¿Qué crees que puedo hacer yo, con todo esto que tengo tan llamativo? Y tengo otros atractivos, no lo

dudes. Sé utilizarlos, además...

—No lo dudo, preciosa —el tipo se humedeció los labios, brillantes sus ojos, fijos en las formas sueltas de aquella mulata enloquecedora—. Si todos los hombres sienten lo que yo al verte, tu futuro está más que asegurado... Es tu compañera la que me preocupa...

—¿Lu? —Lena se volvió a la joven china, que parecía cohibida en el despacho del individuo—. ¡Oh, ella es diferente! Oriental, ya sabes. Parecen mosquitas muertas. Pero metidas en faena, me pueden dar sopas con honda. A los hombres les gustan ciertos refinamientos, ¿no? Pues Lu se los conoce todos. Y todo lo hace bien, palabra.

—¿De veras? —la mirada de Gardiner era como dos carbones encendidos. Su cuerpo temblaba y el sudor aparecía en su piel. Miró a la chinita con avidez—. Si pudiera comprobarlo...

—¡Eh, aprovechado, esto son negocios!, ¿entendido? —el tono desgarrado de Lena Tiger, fue como un trallazo—. Nada de pruebas ni tonterías. O nos aceptáis a las dos, para esa maldita prueba, o nada de nada. Nos ganamos bien la vida con Caddox. Lu, además, canta en un club nocturno, graba discos... No necesitamos limosnas, sino dinero de verdad.

—Está bien —rezongó Gardiner, de mal humor. Le tendió una tarjeta—. Llama a ese número mañana. Directamente, os dirán adonde ir. Es todo. Pero una cosa: si intentáis hablar con alguien después; si llamáis a alguien tras llamar a ese número, todo queda anulado. Se os vigilará estrechamente. No nos gustan las indiscreciones. De modo que cuidad vuestra actitud. Justo tras telefonear a ese número —y sólo a ese número— un coche os esperará frente al teléfono público usado, que será el situado frente a vuestro apartamento. Subid a él. Sin más. Otra cosa, significa el fin del acuerdo. Hasta pronto, preciosas, Y guardad algo de vuestra ciencia para mí, ¿conformes?

—Dependerá del dinero que haya por medio —se encogió, cínicamente, de hombros Lena Tiger, mirándole despectiva, mientras se acariciaba sensualmente su torso, bajo la lúbrica mirada del hombre sudoroso—. Hasta pronto, Gardiner...

Se quedaron solas. Se miraron las dos en silencio. Hubo un gesto de temor en Lu. Y una sonrisa amplia en la boca carnosa de Lena.

—¡Excelente! —dijo la mulata—. Cada vez más peligroso. Pero cada vez más esperanzador, amiga mía... Anima esa cara, Lu. Lo más que podemos perder... es la vida.

Y rió de buena gana, mientras Lu Kiang se estremecía con aire de horror.

* * *

Osako Karuki y su padre, cambiaron una mirada pensativa.

Luego, contemplaron a Taro y a su acompañante, al tiempo que respondía el viejo Shinto, director gerente de la empresa electrónica que tenía allí sus instalaciones:

—Sí, señor Cole. Conocemos muy bien a Sam Caddox, el publicista. Es asociado nuestro en la cuestión de propaganda y emisión de discos publicitarios.

—Es lo que me habían dicho —sonrió Cole—. Por eso estamos ahora aquí. Taro es amigo de su hijo, señor Karuki, y le rogué que me acompañara para que todo fuese más sencillo.

—Le hubiéramos atendido igualmente —confesó Osako, espontáneamente—. Pero siendo amigo de Taro Yondo, todo resulta más fácil, en efecto. ¿Podemos hacer algo en su beneficio, señor Cole? Nos alegra ver que Taro ha superado ya ciertos complejos de revancha que le trajeron a este país, y que me preocuparon mucho el día que salimos juntos...

—Por fortuna, todo eso pasó, Osako —sonrió Taro, jovialmente —. Ahora sé que Kwan era inocente de todo. Tenía un concepto erróneo de las cosas. Viejas tradiciones, prejuicios y todo eso... Tuviste tú razón. Los tiempos han cambiado. Y nosotros también. Debo mucho en ese sentido a Kwan y a su amigo, el señor Cole. Te ruego que les ayudes en esto.

—Lo haré en la medida de lo posible —aseguró Osako—. ¿Qué sospecha exactamente sobre Caddox, señor Cole?

—Le seré franco, señor Karuki —dijo Frank—. A usted y a su padre. Creo que Sam Caddox puede ser cómplice de una organización delictiva dedicada a la explotación de la pornografía, a un nuevo método de trata de blancas... e, incluso, al crimen si es preciso.

—¡Cielos, eso es muy grave, señor Cole! —resopló el joven Osako, mirando a la vez con asombro a su padre, que parpadeó, atónito—. ¿Existen pruebas de ello?

—No, claro que no —confesó Cole gravemente—. De ser así, todo resultaría distinto. Pero es una simple sospecha, y debo comprobarla, además de probar luego que Sam Caddox y su agencia de Publicidad puede ser un camino hacia Orient Love y su pornografía criminal.

—Nos deja usted asombrados, la verdad —confesó el viejo Shinto Karuki con voz ronca—. Pero mi hijo dijo la verdad. Le ayudaremos en todo lo que sea preciso, aunque Caddox sea nuestro agente de publicidad. No queremos sombras turbias en nuestra empresa.

—Les creo. Por eso hemos venido, señores. El señor Caddox ha presentado hoy una demanda legal contra mí, por supuesto rapto y retención ilegal de su modelo, Sheree King, a quien tengo bajo mi protección personal para preservar su vida, en una casa de Bayshore

Freeway, que se halla en una propiedad a mi nombre.

—¿Usted raptó a esa joven realmente? —se interesó el viejo Shinto.

—¡Cielos, no! —rió Cole—. Ella fue allá de buen grado. Tiene miedo, porque nos ayudó en esta investigación. Caddox muestra excesivo interés en ella, y me preocupa. Me gustaría poder complicar la vida a Caddox para que olvide el asunto de la chica y no me obligue a que la presente ante un juez. Eso significaría un grave riesgo para ella.

—Le entiendo —asintió Osako, con un guiño de inteligencia—. Le diré algo, señor Cole: Sam Caddox estuvo antes mezclado en otros negocios pornográficos. No sé si los dejó o no, pero existieron y hay evidencias de ello. Si quiere acusarle, puede hacerlo. Esta empresa le facilitará algunas evidencias al respecto, que nuestros detectives privados descubrieron en sus investigaciones. Luego parece que dejó el asunto, pero eso nunca se sabe realmente... Ahora puede ser sólo un hombre aparentemente honesto, pero conectado a ese sucio negocio.

—Sí, por favor —pidió Cole—. Facilíteme alguno de esos datos. Su empresa no se verá involucrada. No la mencionaremos en absoluto. Pero la acusación contra Caddox puede hacerla meditar, para que retire la demanda sobre el supuesto rapto...

Poco después, Frank Cole, seguido por Taro Yondo, acudían a un juez, con los informes confidenciales que el joven Osako les facilitara, para presentar una acusación por uso ilegal y obsceno de sus modelos contra Sam Caddox, publicista.

* * *

Una llamada. Una sola.

Lena Tiger no pudo hacer ninguna más. Apenas colgó, tras oír en el auricular el nombre dado, el automóvil amplio, oscuro, se detuvo junto al bordillo. Lu Kiang miró con terror a sus ocupantes. Estos abrieron la portezuela de atrás.

—¡Subid! —indicó uno—. ¿Dirección a la que hemos de ir, preciosas?

—Floricultora Edén —dijo escuetamente Lena, empujando a Lu al interior y entrando ella de forma que su corta falda remontase los muslos, con lo que ofreció a los dos tipos que ocupaban el asiento delantero una amplia visión de sus encantos. Ellos rieron, admirando sus muslos, y luego pusieron en marcha el coche con celeridad.

—Rita... —musitó ahogadamente Lu Kiang, usando el falso nombre actual de Lena, con aire alarmado y compungido.

—¡Calla, querida! —le cortó, desabridamente, Lena—. Estamos en el buen camino. Nos vamos a hundir en dólares, preciosa, no tardando mucho.

Y como si fuese una lesbiana, guiñó un ojo a Lu y, ante el gesto de horror de ésta, besó su boca, estrujándola contra sí. Al oído, musitó en un hilo de voz:

—Calma, Lu. Todo va bien. Cuanto más degeneradas parezcamos ser, tanto mejor…

Al apartarse de ella, apoyaba las manos en el busto de la chinita, pero ella ya no se mostró horrorizada, y ello provocó un comentario soez de uno de los tipos, al que Lena no hizo el menor caso. Pero observó que ambos eran occidentales. Eso sí, simples asalariados de última fila.

El coche oscuro, poderoso, cruzaba las calles de San Francisco, hacia el Este. Hacia el puente sobre la bahía. Hacia Oakland, quizá…

Hacia Floricultura Edén. El nombre dado por teléfono. El punto de destino. Tal vez el paraíso diabólico de Orient Love y sus magnates de la pornografía, la esclavitud, las drogas… y el crimen.

En suma: hacia la boca del lobo.

* * *

El coche se había detenido al fin.

Un garaje amplio, oscuro. Al fondo de un extenso jardín frondoso, rodeando éste un edificio de ladrillo, aislado en Alameda County, al otro lado de la bahía.

Floricultura Edén. Habían llegado. Lu y Lena se miraron, con ojos alarmados.

—Ya estamos —dijo uno de los hombres del coche—. ¡Adelante, muchacha! Este es vuestro paraíso…

Lena Tiger distaba mucho de pensar así. Para ella, aquél podía ser su infierno, lo mismo que para su compañera Lu, a la que ella condujera a aquella aventura erizada de riesgos. La mulata se limitó a obedecer, presionando un brazo de la chinita y musitando en su oído:

—Dios nos ayude ahora, querida. Estamos en la madriguera del monstruo…

Lu Kiang se limitó a asentir, con la preocupación pintada en su semblante de porcelana. Las dos mujeres siguieron a sus acompañantes a través del bello jardín. Los ojos agudos de Lena se fijaron inmediatamente en un largo, cerrado invernadero, allá al fondo del recinto floral. Se preguntó qué cultivarían allí. La sospecha latió en su mente: ¿la Flor Prohibida de Gobi?

Pero no podía detenerse ni fijar demasiado su atención en nada, o podría despertar las sospechas de sus acompañantes. Eso resultaría fatal ahora. Recordó a Suzuki. La muchacha japonesa, evidentemente, debió llegar hasta este punto en busca de una pista sobre su amiga Roana Darwin. Y más tarde, encontró la muerte, quizá porque logró escapar de allí con vida. Pero los que sabían demasiado, no

sobrevivían mucho tiempo.

Las hicieron entrar en el amplio edificio central. Era una casa bien amueblada, de suntuosas alfombras y espesos cortinajes. Súbitamente, un hombre apareció ante ellas, silencioso y solemne.

—Síganme —invitó, relevando a los otros dos esbirros—. El jefe las aguarda a ambas...

Lena no pudo evitar un sutil escalofrío, y sus dedos apretaron con más fuerza el brazo de su compañera oriental. El hombre era alto, altísimo, y totalmente enlutado. Incluso llevaba guantes negros, de cuero, muy brillantes.

Lena Tiger imaginó, con terror, lo que aquellos guantes ocultaban, La descripción del hombre, coincidía con la de las muchachas del dojo donde mataran a Suzuki: alto, flaco, rostro sombrío y anguloso.

Y las manos... ¡Las manos de oro, sin duda alguna, bajo aquellos guantes!

Las dos muchachas avanzaron por un largo corredor desierto. Subieron una escalera. Había puertas numeradas a ambos lados. Lena observó todas ellas. Fijó su mirada en una especialmente: el número 7. Recordó que llevaba consigo, bien oculta, una copia de la llave obtenida en el registro del apartamento de Suzuki y Roana. La llave número 7 de un lugar que quizá perteneció a Orient Love. Aquel lugar, tal vez. U otro idéntico, si desalojaron su residencia, tras conocer Suzuki su emplazamiento, por miedo a ser visitados por la policía, antes de silenciar a la japonesita.

—Entrad —dijo, escuetamente, el hombre de manos enguantadas—. El jefe hablará con vosotras personalmente. El os dará la bienvenida y os señalará vuestro futuro...

No podían hacer otra cosa que obedecer. Habían llegado ya demasiado lejos para volverse atrás de alguna forma. Lena dominó sus aprensiones, siguiendo las instrucciones del hombre enlutado. Lu le siguió con paso tímido.

Se encontraron en una estancia cerrada, de muros cubiertos totalmente por cortinas rojo oscuro. Lena no observó allí aberturas de ningún tipo. Tal vez era una cámara interior, sin salidas al exterior. Su preocupación aumentó.

—Bien venidas al Floricultura Edén, paraíso de Orient Love —dijo una voz profunda, desde detrás de alguna de las cortinas—. Sois ambas muy hermosas, debo admitirlo.

Lena se sobresaltó, mirando en todas direcciones. No supo exactamente de qué cortina llegaba la voz hasta ellas. Pero, obviamente, unos ojos escudriñadores las observaban desde alguna parte.

—¿Quién es? —preguntó Lena—. ¿Dónde está? ¿No vamos a

verle la cara, señor?

—No es necesario —rió la voz, sardónicamente—. Mi rostro debe permanecer en la sombra, puesto que de ello depende en mucho mi seguridad, amiga mía... ¿De modo que vosotras sois las nuevas aspirantes a un trabajo sencillo, bien pagado... y apasionadamente sugestivo?

—Es lo que pretendemos —afirmó Lena con serenidad—. Esperamos valer para ello.

—¡Oh, desde luego! Valéis ambas, no hay duda. Sólo que primero deberéis hacer unas cortas pruebas para nuestra empresa... Simple rutina, claro. Con vuestros encantos, que están a la vista, creo que huelga pensar en problemas. Tomad lo que hay sobre la mesa. Está preparado para vosotras dos.

Lena y Lu miraron a la mesa, el único mueble en la estancia, situado en su centro. Había allí un frasco de cristal tallado y dos copas. El frasco contenía una especie de licor rosado. Las copas estaban vacías.

—Escanciad el licor —invitó la voz—. Es exquisito. Dulce y aromático como una flor paradisíaca... Es nuestra bienvenida a las nuevas muchachas. Luego, iremos a esa prueba.

Lena sabía lo que era. Néctar de flores, como dijera el propio personaje misterioso. Extracto de la Flor Prohibida, en licor. Una droga poderosa. Y afrodisíaca. Harían luego lo que ellos quisieran, convertidas en muñecas, en autómatas de deseos incontrolados. Pero eso no sería lo peor. Ya estarían presas para siempre en la tela de araña. Drogadas de modo definitivo. No podrían pasar sin aquello. Nadie oiría hablar más de ellas. Como Roana Darwin. Como pudo sucederle a Suzuki, de no haber escapado a tiempo, aunque sin resultados positivos al final.

Ahora habrían tomado medidas más estrictas. No había escapatoria, Lena lo sabía. O la dulce droga del amor y de la muerte... o la ejecución inmediata.

—¡Bebed! —insistió la voz, secamente, ante su vacilación ostensible—. No podemos perder tiempo. Vamos, servíos y bebed el néctar del placer y de la fortuna. El mundo será vuestro desde ese mismo momento.

Lena Tiger avanzó hacia la botella. Lu Kiang la miró, expectante, con tensión en su rostro de miniatura oriental. Las manos morenas de la hermosa mulata tomaron la botella...

Luego, inesperadamente, arrojó la botella contra el origen ~de aquella voz. Se estrelló el recipiente en una cortina, haciéndose añicos y dispersando el néctar de flores.

—¡Vamos, Lu! —gritó Lena a su amiga—. ¡Esto es un infierno de drogados!

Se precipitó antes sobre la cortina, tirando de ella violentamente, presta a ejercer sobre el jefe enemigo una violenta llave de *aikido*. Retrocedió, sintiéndose fracasada.

Allí, donde ella localizara el origen de la voz, no había nadie. Sólo un pequeño altavoz adherido al muro. Un altavoz por el que llegó una risa suave, ominosa.

—Perdiste tu partida, Lena Tiger —dijo con frialdad la voz—. Siempre supimos quién eras. No saldrás viva de aquí. ¡Nunca!

La puerta se abrió a espaldas de las dos mujeres. Por ella entró el alto hombre de negro. Ya no llevaba guantes de cuero.

Sus manos brillaban, como si fuesen de oro puro. Los dedos articulados se alzaron hacia Lena, mientras Lu Kiang permanecía inmóvil, como petrificada.

Capítulo VIII
CEREBRO OCULTO

Los ojos de Lena se clavaban en aquellas manos doradas, centelleantes y terribles. Sabía que eran la muerte. El asesino sabía lucha oriental. Y además el metal de sus zarpas era el conductor de una descarga eléctrica letal, generada acaso por algún condensador de reducido tamaño y enorme potencia.

Lena se agazapó, en tensión, mirando aviesamente a su temible enemigo. Este sonrió con lúgubre confianza. Alargó sus manos mortíferas hacia la mulata.

Ella sabía que no podía atacarle rozando sus temibles manos de muerte. Eludió el contacto de ambas, dando rodeos en torno a él. De súbito, saltó en el aire, de tal modo que sobrepasó su elástico cuerpo la altura del enemigo. Ya en el aire, disparó la mano en *Te Katana*, en forma de sable.

Esto es, alzó su mano encima de su propia cabeza, abierta, y la bajó fulminante, golpeando la cabeza enemiga con sequedad. Era como un golpe de porra, brutal y seco. El hombre de las manos de oro se tambaleó, con un gruñido ronco.

—¡Corre, Lu! —gritó Lena a su compañera—. ¡Déjame a mí con este monstruo y busca la salida lo antes posible!

La muchacha china se apresuró a obedecer, saliendo disparada de la habitación, a espaldas del hombre de las manos doradas. Este, tambaleante, pero aún sin dejarse abatir por el ataque imprevisto de Lena Tiger, cargó contra ésta, atacándola con un *Bari-Bari Jodan*, es decir, utilizando el movimiento y golpe *Oie-Tsuki-Jodan* del *karate*, directamente a la frente de Lena.

De haberla alcanzado, el golpe sólo la hubiese abatido. Y la descarga eléctrica de aquellos dedos, que chisporrotearon siniestramente al rozar el muro, la hubiese matado.

Pero la maestra del aikido eludió el ataque de karate con una flexión vertiginosa de su felino cuerpo broncíneo, y ferozmente casi, descargó un impacto con *Yoko-Men-Uchi*. Es decir, con el canto de su mano diestra, la palma hacia arriba, martilleó ásperamente la sien izquierda del asesino. Este se desplomó de rodillas, vacilante. Rauda, la mulata saltó, uniendo ambas manos en un cerrado y contundente mazo que se disparó sobre la nuca del hombre de manos de oro, derribándole en seco, con las vértebras rotas.

Al tocar el suelo, chisporroteó éste en una alfombra,

incendiándose. El asesino estaba muerto. Lena corrió hacia la salida en pos de Lu Kiang.

Afuera, les aguardaban ya varios hombres armados, cerrando toda posible evasión. Pero en ese instante, algo cargó contra la puerta exterior violentamente. Se desplomó ésta, como arrasada por un huracán tropical, ante el estupor de los esbirros armados, que se volvieron hacia ella, alarmados.

Un trío de feroces luchadores, formado por Frank Cole, Kwan Shang y Taro Yodo, hizo su vertiginosa irrupción en el teatro del drama. Eran tres aludes difíciles de contener, puesto que Taro enarbolaba su temible sable *samurái*, y los dos compañeros ya movían sus armas únicas y demoledoras con eficacia absoluta: sus piernas y brazos, armas inapreciables del *budoka*.

—¡Animo, muchachas! —gritó Cole—. ¡Captamos muy bien las señales de tu minitransmisor, Lena! ¡En todo momento seguimos vuestra aventura muy de cerca... y celebramos haber llegado a tiempo!

Fue la lucha más rápida y devastadora que se podía presenciar. En escasos segundos, un total de siete hombres yacía en el suelo, agitándose inútilmente o inmóviles como fardos, abatidos por el sable de Taro o por las manos y pies de los luchadores conocidos como Los Dragones de Oro.

Finalmente, el campo quedó libre de enemigos. Cole habló con energía:

—Ahora vamos a liberar a las muchachas que tengan prisioneras. Y destruimos ese invernadero de afuera. En su interior, todo el cultivo son flores negras. Las flores del desierto de Gobi sin duda alguna...

—También hay que encontrar al jefe —señaló Lena—. Hablaba desde algún lugar, por radio. Tal vez siga aún dentro del edificio.

—No puede ser de otro modo —sentenció Cole, gravemente—. Los hombres del teniente Dobkin rodean ya la casa. Colaboraron con nosotros en seguiros la pista...

De pronto, Kwan gritó:

—¡Allí! ¡Aquel hombre...!

Todos miraron en esa dirección. Vieron escapar a la carrera a un hombre encapuchado, cubierto totalmente por una túnica de seda oscura que envolvía su figura. Taro lanzó un rugido, enarbolando su sable de *samurái* y, antes de que nadie pudiera evitarlo, corrió en pos del fugitivo.

—¡No, espere! —llamó Cole—. ¡Nosotros nos ocuparemos de él!

—¡Fue culpable de la muerte de mi hermana Suzuki! —jadeó Taro—. ¡Justicia, en nombre de su sangre derramada!

Y sin que se pudiese prever la intención del obstinado japonés, éste disparó de su mano el largo y curvado sable de *samurái*. El arma

voló por los aires, sibilante y poderosa.

Alcanzó en la espalda al fugitivo, se hincó hasta su empuñadura en ella. Un alarido terrible brotó bajo la caperuza. Se agitó la figura, con el sable asomando sobre la negra seda de la túnica, y terminó cayendo de bruces hasta quedar inmóvil.

—¡Cielos…! —murmuró Cole, mirando a sus amigos con gesto pesaroso—. Taro, no debió hacerlo. La justicia esperaba. Se hubiera ocupado de él…

—A veces, la justicia falla. O pudo haberse escapado —sentenció Taro, sombrío, pero con una luz de satisfacción en sus almendrados ojos—. Esta es la justicia del *samurái*. Lo siento. Pero lo juré ante mis dioses…

Se acercaron todos, en silencio, al caído. Le volvieron, tras extraer la espada de su herida. Estaba muerto, empapado en sangre. Al quitarle la caperuza, Frank Cole sacudió la cabeza, pensativo.

—Lo suponía —dijo—. En cuanto vi que ellos conocían tu identidad, Lena, lo imaginé…

—¡Cielos…! —exclamó Taro, con vivo horror en su semblante. Retrocedió, sobrecogido—. ¡Osako Karuki, mi mejor amigo!…

—Sí —suspiró Cole, incorporándose—. Él era el jefe de Orient Love, el hombre que raptó a Roana Darwin y a otras chicas que, sin duda, hallaremos aquí encerradas. Él quien ordenó la ejecución de Suzuki, cuando ella descubrió la suerte que corrían su amiga y otras modelos ambiciosas de dinero y fama… Osako Karuki. Un joven japonés de padre honorable y trabajador, pero demasiado ambicioso también, para obtener fortuna por sí mismo, honestamente… No podían engañarle, Lu. El la conocía a usted… y conocía por mí mismo algo que le ha hecho cometer otro grave error hace pocas horas: en una propiedad que poseo en Baushore Freeway, se presentaron asesinos japoneses para matar a Sheree King. Sólo él sabía tal cosa por mí mismo. Pero, naturalmente, Sheree nunca estuvo allí, sino en otro lugar que nadie, salvo yo mismo, conocía. Le tendí un anzuelo y lo mordió. Yo sabía ya, por lo tanto, que Sam Caddox, el publicista, nada tuvo que ver con el negocio *porno*, ni con la Flor Prohibida de Gobi, aplicada como afrodisíaco y droga esclavizadora a las modelos que Osako tomaba para su sucio negocio. Era su propio amigo, Taro, quien dirigía esto. Ya lo hemos comprobado ahora.

—De modo que todo está descubierto, aclarado al fin… —musitó Taro, aún impresionado por el descubrimiento.

—No todo —suspiró Kwan Shang, sombría la expresión—. Falta saber dónde hallar a Aquel A Quien Nadie Puede Ver… El se asoció con Osako para extender esa flor maldita, y sus poderes alucinógenos por América entera.

—Sí, tal vez tu viejo adversario, Kwan, lo que buscaba era la

unión de japoneses y chinos, cara a un futuro dominio mundial de Occidente. Asia, los pueblos más poderosos de ella, unidos para luchar contra los demás. Osako buscaba dinero. Tu enemigo, el poder.

—El viejo monstruo… —jadeó Kwan—. Me gustaría saber, al menos, qué rostro tiene. El también, como esa rata de Osako, se ocultó siempre tras una cortina, jamás dejó ver su rostro a nadie, salvo a los que iban a morir… Y ahora, está aquí, en América. Soñando el imposible de dominar al mundo, de dar el triunfo supremo a una raza, sin comprender que nosotros, los chinos y los japoneses, hoy en día, no somos ya los fanáticos de antes, ni somos enemigos de nadie, salvo de aquello que es malo para todos, blancos, amarillos o negros.

—Me temo que el rostro de Aquel A Quien Nadie Puede Ver… jamás sea conocido por ti ni por ningún otro —murmuró Lena Tiger, pensativa.

—Cielos… ¡Y seguir siempre con esa pesadilla! —se quejó Kwan —. Sentirme amenazado por la sombra del pasado, por la secta terrible del interior de China, por sus poderes extraños, por su mentalidad diabólica… Saber que ellos, los siervos autómatas del hombre cuyo rostro nadie conoce, siguen en alguna parte del mundo, esperando órdenes para matar al hombre que traicionó un juramento esotérico, allá en los confines de Gobi, hace ya muchos años, cuando sólo era un niño que heredaba el derecho a ser miembro de la secta, sólo porque sus padres y sus abuelos ya lo habían sido antes… Nadie me consultó a mí. Y cuando tuve uso de razón, elegí mi camino. Es un pecado que Aquel A Quien Nadie Puede Ver… jamás perdonaría.

—Y desde entonces…, ¿vives temiendo la venganza de ellos? —quiso saber Taro, impresionado.

—Sí, así es. Desde entonces… No tengo miedo. Pero quisiera vivir libre de esa pesadilla. Vivir… o morir de una vez —suspiró, moviendo la cabeza, como apartando de sí algo demasiado horrible y sombrío—. Pero olvidemos todo eso. Vamos a liberar a esas muchachas definitivamente.

Encontraron en las habitaciones de la casa en estado letárgico a causa de poderosas y graduales dosis del alucinógeno afrodisíaco, a mujeres jóvenes y hermosas, inmersas en una especie de sopor voluptuoso, que a veces se transformaba en excitación sexual virulenta. De todo ello, las cámaras de Orient Love se aprovechaban para sus obscenas y costosas filmaciones.

Fueron reducidas a la inconsciencia con sedantes, y trasladadas en ambulancias a un hospital donde se las trataría adecuadamente, para tratar de salvar sus vidas y recuperar su equilibrio mental. Pero quizá ya nunca serían las mismas. La. tara de tan terrible experiencia pesaría decisivamente sobre sus vidas.

Roana Darwin era una de ellas. Y, ciertamente, ocupaba la

habitación número 7. La teoría de los Dragones de Oro se confirmaba así de modo definitivo y total.

—Ahora, vámonos de aquí —dijo Taro, tomando a Lu Kiang por el brazo, y acompañando a los tres *budokas* en su salida de Floricultura Edén, el nido secreto de los traficantes en pornografía de la peor y más cruel de las especies—. Cuanto antes respiremos aire puro, tanto mejor…

Ya de regreso, el propio Taro fue quien preguntó suavemente a Lu Kiang:

—Lu, esta noche me gustaría verte actuar de nuevo. ¿Podríamos cenar juntos?

—¿De veras te parece bien cenar y bailar con una mujer china? —sonrió la joven, mirándole fijamente.

—Sí —asintió Taro—. Creo que en algo tuvo razón el maldito Osako. No se puede vivir esclavo del pasado, pensando como pensaron nuestros antecesores hace siglos. Ya no hay *samuráis*. Ni prejuicios raciales ni de nacionalidades. Nada de eso, Lu. Me gustas. Y siento algo especial hacia ti… Creo que China y Japón se pueden unir mejor por el amor y la ternura, no por medio del terror y la muerte, como Osako y el misterioso enemigo de Kwan Shang pretendían, con afán de dominar el mundo a través del crimen y de la destrucción…

—Está bien —suspiró Lu Kiang, mirándole largamente—. Te esperaré esta noche en el club donde nos conocimos, Taro.

—No faltaré —prometió el joven japonés.

Pero aquella noche, cuando Taro llegó al club nocturno, le esperaba una desagradable sorpresa.

Lu Kiang no estaba. Ni siquiera actuaba aquella noche. Se había marchado, sencillamente, le informó el encargado del local. Ni un indicio de cuál sería su actual paradero. Nada. Sólo una misiva dirigida a Taro Yondo en sobre cerrado. Y nada más.

Taro abrió la misiva, dominando su desconcierto y su decepción…

Capítulo IX
C O R T I N A

«Querido Taro:

»Es mejor así. Me marcho. Para siempre. No sé adónde iré ni lo que haré en el futuro. Pero he tomado una decisión, y la he llevado a cabo. No sabes lo que me costó llegar a ella. Había muchas cosas que condicionaban mi vida. Cosas con las que debía romper definitivamente, de una vez por todas, para tratar de ser yo misma, de alguna forma, en algún lugar del mundo.

»Además, me siento culpable. Culpable de muchas cosas que yo no elegí ni pretendí hacer. Cosas que vienen de lejos, que eran como una herencia pesada y terrible sobre mis débiles hombros.

»Si mi padre viviera, creo que me maldeciría. O me haría asesinar por sus fieles servidores. No admitía la traición ni la deserción. Jamás, ni bajo pretexto alguno. Pero alguna vez había de romperse esa tradición maldita, que venía de siglos. Yo he sido la persona designada para ello, quizá involuntariamente. Era mi destino, Y debo cumplirlo, con todas sus consecuencias.

»No eludo mis responsabilidades, Taro. Sé que no soy digna de ti ni de ningún hombre bueno y honrado. No está limpia mi vida, ni mucho menos. Tengo cosas horribles de las cuales acusarme. Pero fueron cosas heredadas, obligadas por años, por lustros, por generaciones de obligado cumplimiento. Cosas que horrorizarían a un occidental, pero que quizá tú comprendas mejor que ellos.

»No te quiero contar aquí nada más. Sería una larga y sórdida historia que nublaría en tu mente y en tu corazón el recuerdo agradable que puedas conservar de mí en este corto espacio de tiempo en que nos conocimos. Si algo grato o digno ves en mi persona y en mi recuerdo, tanto mejor para ambos. Quiero pensar que no puedes ser demasiado duro conmigo. He hecho lo que debía hacer. Antes y ahora.

»Mi conciencia me reprocha muchas cosas. Necesito meditar a solas, tratar de ver en la oscuridad, encontrar un camino, el que sea... O morir, si no hay otro remedio. Morir digna y orgullosamente, como muere la gente de tu país, cuando no hay otra salida para el deshonor. En fin, Taro, espero que sepas perdonarme. Por lo de antes y por esto de ahora.

»Te ruego que no guardes en secreto esta misiva. Es mejor que ellos, tus amigos, también la conozcan. Creo que será la mejor de las noticias para uno de esos tres bravos camaradas que hallaste en tu

camino hacia tu justicia personal.

»Es todo, querido. Ahora, trata de olvidarme. Y de perdonarme.

»Lo cierto es que empezaba a amarte, Taro. Y eso era peligroso. Muy peligroso. No puedo permitirme el lujo de amar ni de ser amada. No lo merezco. No ahora, ciertamente. Quizá nunca, no lo sé aún. Ya te digo que me siento confusa.

»Pero ha llegado el momento de pensar con amor y con odio en los demás. Quizá por eso deserto, traiciono mi pasado y mis solemnes juramentos, mi estirpe misma. Es mejor así para todos, estoy segura de ello.

»Adiós, Taro.

»Adiós a todos. Y perdón. Para mí y para los míos que ya no existen.

»Lo necesitamos.

»Lu KIANG

»(Hija de Aquel A Quien Nadie Puede Ver).»

Kwan Shang dejó caer el papel de entre sus dedos.

Miró con infinito asombro a Taro. Luego, una sombra de sonrisa asomó a sus labios y a sus ojos.

Murmuró para sí en voz alta:

—Ella tomó su decisión… Se rompió la estirpe maldita, de una vez por todas. Sí, es mejor así, Taro. Me siento liberado… Al fin, totalmente liberado de ellos… La cortina ha caído. Y no hay nadie detrás ya. Nadie, salvo un recuerdo. Creo que puedo perdonar a Lu Kiang. Perdonarla… y comprenderla.

Luego, lentamente, se encaminó a la puerta. Abandonó la estancia. Cole y Lena no dijeron nada. Taro tampoco. Era un momento que no necesitaba palabras.

Como dijera Kwan Shang, era la cortina final sobre un drama de siglos, iniciado en los remotos confines del Gobi. Y el drama había terminado.

F I N

Notas

[←1]

Traducido del japonés: A través de la puerta de la Muerte se llega a la de la verdadera vida.

[←2]

Una de las virtudes básicas del *samurái*, según Nitobe Inazo.

[←3]

Kime: en japonés, máximo de potencia en el golpe, como en el inglés punch.

[←4]

Sobre este hecho que afecta a Kwan Shang, en el primer título de este autor, Tres dragones de oro, dentro de la serie «¡Kiai!», se habla ampliamente de sus perseguidores, procedentes de una remota e inconcreta región del interior de China. (N. del E.)

[←5]

Formas, son series de movimientos parecidos a lo que en karate se denominan katas.

[←6]

Garden: jardín, en inglés. De ahí la alusión, por su semejanza con Gardiner, el apellido del personaje citado en el relato.